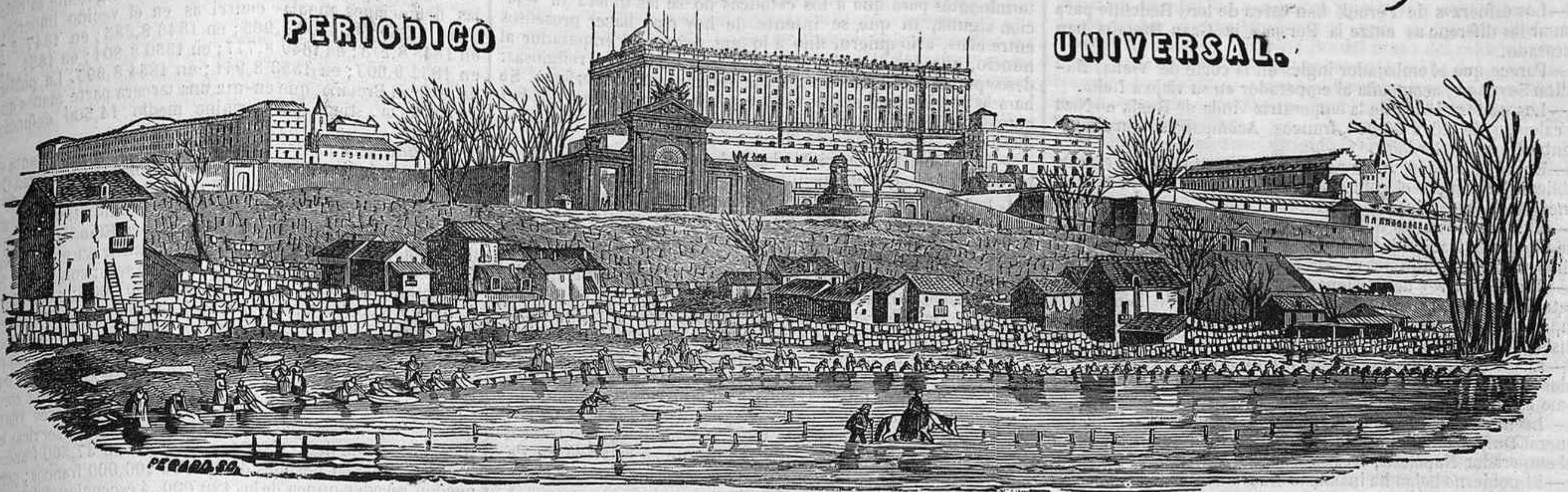


LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: Mes 6 rs. Tres 16. Seis 30. Año 50.
 PROVINCIAS: 8 20 40 60.
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO: Año 5 pesos.—Pagando en Madrid.
 Número suelto sencillo 4 rs.—Doble 8.—Los siete tomos 330 rs.

N.º 405.—TOMO VIII.—LUNES 1.º DE DICIEMBRE DE 1856.
 MADRID: Redaccion y administracion, Barco, 2.
 PROVINCIAS: Se suscribe remitiendo libranzas ó sellos: si se hace por medio de comisionados, suben los precios de la combinacion con *Las Novedades*, con arreglo á la tarifa que se publica á fin de mes.

| | | | | | |
|------------------------------------|---------------------|-----|----------|----------|----------|
| Ilustracion y Novedades en Madrid. | Edicion grande. Mes | 12. | Tres 34. | Seis 66. | Año 130. |
| | Edicion pequena. | 8. | 22. | 42. | 80. |
| Idem en provincias. | Edicion grande. | 20. | 50. | 95. | 180. |
| | Edicion pequena. | 12. | 30. | 56. | 110. |

ADVERTENCIA.

Con este número repartimos á nuestros suscritores, el *Prospecto* de LA ILUSTRACION correspondiente al año próximo de 1857.

Rogamos muy encarecidamente á los señores suscritores de provincias que deseen continuar favoreciéndonos con su suscripcion el año próximo, se sirvan renovar inmediatamente, á fin de evitar retraso en el servicio de los números y complicacion en nuestra administracion.

Cualquier persona residente en el mas retirado rincón de una provincia puede suscribirse á *Las Novedades* sin necesidad de ir á la poblacion inmediata, sin salir siquiera de su gabinete, sin molestarse en lo mas mínimo, incluyendo en un papel que contenga con claridad el nombre y la direccion que se ha de dar al periódico, el número de sellos de correos que cubran el importe de la suscripcion que quiera hacer. Estos valores se espended en todas partes; en su defecto podrán remitirse libranzas de fácil cobro contra cualquier casa de Madrid, ó contra correos, que las hay en todas las administraciones de España.

Todo pedido que no viene acompañado del importe en libranzas ó sellos, no se sirve ni se contesta.

A los suscritores de Madrid se les llevarán los recibos de renovacion á domicilio el día 24 del corriente mes, juntamente con el *Almanaque* ofrecido en el prospecto.

REVISTA UNIVERSAL.

Sucesos de actualidad. Algunos incendios, tal cual robo, y varios asesinatos y desgracias, constituyen casi exclusivamente la triste crónica de la última semana. La distribucion de premios en el conservatorio de música, es el único suceso importante que podemos consignar aquí.

—El día 17 de octubre próximo pasado partió el



FEDERICO GUILLERMO LUIS, gran duque de Baden.— Gran duquesa LUI A MARIA ISABEL, p.incesa de Prusia.

emperador de Austria con su augusta esposa para Italia.

—En Koenigsberg ha hecho el cólera bastantes víctimas.

—La ciudad La Paz en la baja California ha sido el 16 de octubre casi completamente destruída, efecto de un fuerte huracan.

—Es extraordinaria la actividad desplegada por el gobierno ruso para robustecer la defensa de sus plazas fuertes del Báltico.

—La Rusia quiere conservar á Bolgrad y ceder solamente las islas Serpientes.

—La prensa inglesa rechaza casi unánimemente todo proyecto de alianza entre Inglaterra y Austria.

—La *Presse d'Orient* habla de un cambio de notas diplomáticas relativas á la evacuacion de los Principados.

—El embajador ruso en Constantinopla insiste en la evacuacion del Bósforo por los ingleses.

—Propónese el gobierno turco fortificar á Giurgevo y establecer allí un campamento atincherado para 25,000 hombres.

—Del departamento francés del Jura escriben que en las montañas de Morbier y Censeau hay ya una capa de nieve de 20 á 30 centímetros.

—La empresa de la via férrea occidental de Irlanda ha sufrido considerables pérdidas.

—En el célebre robo de cinco millones de francos inferido á la empresa del camino de hierro francés del Norte, se hallan tambien complicados varios individuos de nacion ingleses.

—Escriben de San Petersburgo que ya el 9 de noviembre se habia experimentado un frio de diez grados bajo cero.

—El corresponsal del *Morning Post* en París considera inadmisibles las nuevas proposiciones de arreglo de la Rusia.

—El Consejo federal suizo se ha negado por unanimidad á poner en libertad á los prisioneros de Neufchatel, resolviendo que la justicia debe seguir su curso.

—El resultado de las elecciones en Atenas es favorable al ministerio. Parece que las tropas aliadas abandonarán la Grecia a la vuelta del rey Othon.

—Los esfuerzos de Ferouk kan cerca de lord Redcliffe para allanar las diferencias entre la Persia y la Gran Bretaña han fracasado.

—Parece que el embajador inglés en la corte de Viena, Hamilton Seymour, acompaña al emperador en su viaje a Italia.

—Los gastos diarios de la emperatriz viuda de Rusia en Niza se calculan de 20 a 30,000 francos. Acompaña constantemente al rey de Cerdeña.

—En vista del deplorable estado del mercado de los efectos públicos, ha resuelto el gobierno austriaco no hacer ya nuevas concesiones de caminos de hierro.

—El hermano mayor del emperador de Austria, el archiduque Fernando Maximiliano, piensa contraer matrimonio con la princesa Carlota, hija del rey de Bélgica.

—También el rey de Cerdeña tiene, a lo que parece, el proyecto de casarse, solicitando al efecto la mano de la duquesa viuda de Leuchtenberg, hermana del actual emperador de Rusia.

—El Sr. Buchanan, hoy presidente de la república de los Estados-Unidos, pretende que Kansas se amalgame con la Unión como estado totalmente libre.

—Leemos en varios periódicos de Suiza que la misión del general Dufour en asuntos de la cuestión de Neuchâtel cerca del emperador Napoleón, ha fracasado.

—El gobierno belga ha instalado nuevamente consulados en las principales plazas del Danubio, con un cónsul general en Belgrado.

—El comisario ruso para la rectificación de las fronteras de la Bessarabia ha vuelto a San Petersburgo para recibir nuevas instrucciones.

—Léese en varios periódicos alemanes que los cruceros rusos de la costa de Abacia han apresado varias embarcaciones turcas cargadas de sal de contrabando.

—Dice un periódico de Constantinopla que una compañía rusa en el mar Negro ha comprado cuarenta buques de vapor.

—La gran duquesa Alejandra, esposa del gran duque Nicolás, hermano del emperador Alejandro, ha dado a luz el 17 de octubre un niño que ha recibido el nombre de Nicolás.

—Escriben con fecha 22 de noviembre desde Constantinopla que Ali-bajá, nombrado últimamente ministro de Negocios extranjeros, ha dimitido su cartera.

—Los precios de cereales en la plaza de Marsella han experimentado una baja de consideración con el arribo de 90,000 hectolitros en aquella plaza.

—El *maire* de Colmar ha puesto en París a nombre de aquella ciudad en manos del mariscal Pelissier una espada de honor.

—El emperador de Rusia acaba de conceder al general en jefe del ejército turco en Asia, Imaril-bajá, la orden del Aguila Blanca por su bondadoso comportamiento para con los prisioneros rusos en Karakoram.

—El vapor *La Plata* ha traído la noticia desde Buenos Aires que desde la caída de Rosas la prosperidad de los hermosos territorios de La Plata ha tomado un ascendiente asombroso.

—Al *Times* escriben desde Viena: «El Sultan, no solamente hizo saber al Divan que la permanencia de la escuadra inglesa en el mar Negro era de todo punto necesaria, sino que hasta de nuevo tomaba sobre sí la responsabilidad».

—Se cree positivamente que los Sres. Foncay de Connecticut, Slicel de Luisiana, y Wyse de la Virginia, entrarán en el ministerio de la república norteamericana.

—Nada de positivo hay aun acerca de la decision de si se verificará o no la reunion de un nuevo congreso europeo, que se considera como el único medio de resolver las cuestiones pendientes.

—El día 13 de noviembre habrá llegado el rey de Grecia a su capital, en donde le esperaba una recepción brillantísima. Las nuevas Cámaras están convocadas para el 19 de diciembre.

—Las noticias que se siguen recibiendo de Nápoles son cada vez mas favorables a la conciliación. Hubo últimamente rumores de crisis ministerial.

—Dice el *Times* que los *lazzaroni* han formado en Nápoles una conspiración para matar a los franceses e ingleses establecidos en aquella capital, en caso de estallar las hostilidades.

—Léese en varios periódicos de París que después de verificada la proyectada abdicación del rey de Dinamarca, se propone S. M. establecerse con su esposa, la conde de Danner, en Suiza, para entregarse allí a sus diversiones favoritas: la pesca y la caza.

—Confírmase y oficialmente la elección de Buchanan, el candidato del partido democrático, como presidente de los Estados-Unidos del Norte-América. Obtuvo 174 votos, Fremont 144, y Fillmore ocho solamente.

—El Sultan ha dado a su embajador en Atenas, Halil-bey, la orden para que visite en su nombre la isla de Candia y distribuya entre las familias que mas han padecido de resultados del reciente terremoto, dinero, víveres y vestidos.

—En uno de sus mas recientes números el *Times* declara que la Gran Bretaña no tiene motivos de oponerse a la influencia francesa. Han tenido lugar dos numerosos *meetings*, los cuales se pronunciaron estrepitosamente contra la alianza con Austria.

—Segun recientes noticias de Copenhague, no cabe ya la menor duda que de un día para otro se verificará la abdicación del rey de Dinamarca a favor de su hijo, el príncipe heredero Federico Fernando.

—La reina Victoria de Inglaterra, cuyo segundo hijo llegó últimamente a Ginebra, y cuya hija mayor se casará en el año próximo venidero con el príncipe heredero de Prusia, debe dentro de poco dar a luz su noveno hijo.

—El embajador prusiano en Berna ha puesto en manos del Consejo federal la nota de la Dieta federal alemana.

Religion. El gran Consejo del canton de Friburgo en Suiza ha decretado por 43 contra 9 votos, la inmediata vuelta del obispo Marilley, que durante tantos años ha vivido desterrado de su diócesis.

—Acaba el emperador de Rusia de contribuir con 5,000 rublos de plata para embellecer el cementerio de la parte Norte de Sebastopol y para la construcción de una iglesia en el mismo, bajo la advocación de San Nicolás. Para el propio objeto se ha abierto una suscripción en el ejército que promete muy buen resultado.

—Los esfuerzos puestos en acción por el cardenal Chigi para negociar un concordato entre la Rusia y la Santa Sede no han sido estériles. Parece que el emperador expedirá órdenes muy terminantes para que a los católicos no se les infiera ya vejación alguna, ni que se intente de hoy mas hacer prosélitos entre ellos. «No quiero, dijo a lo que parece el emperador al nuncio, que mi reinado comience con escisiones religiosas: deseo por el contrario en esta parte una armonía perfecta. Se hará lo posible para evitar todo conflicto, y para que queden cumplidas las justas y equitativas pretensiones de los católicos».

—El episcopado austriaco, basándose en el concordato celebrado con Roma, dicta medidas y disposiciones muy enérgicas. Así, por ejemplo, ha espedido el obispo de Linz, el ilustrísimo Sr. Rüdiger, un mandato en que, para la cumplida santificación del domingo y fiestas de precepto, prohíbe ciertas diversiones públicas.

—La declaración de los protestantes de Nurnberg contra las disposiciones dictadas por el consistorio superior de Baviera concernientes a la reinstalación de la confesión, etc., ha llamado extraordinariamente la atención de la Alemania protestante.

—Todas las imprentas de los jesuitas, dice el *Bulletin de Paris*, se ocupan de día y de noche con la confección de nuevos libros de coro, misales, etc., según el rito romano, que se va adoptar en todas las diócesis. Calculase que este negocio valdrá a la sociedad de Jesus unos ocho millones de francos. Mucho trabajó el cardenal Patrizzi durante su estancia en París para vencer la resistencia de los obispos a adherirse al restablecimiento de la liturgia romana.

Jurisprudencia y administración. Acaba el gobierno austriaco de permitir la vuelta a sus patrios hogares a los refugiados políticos italianos conde de Cerchi, D'Origi, y Raffaello. La amnistía que el emperador concederá cuando venga a Milan, lo que se verificará dentro de muy poco, será muy amplia. Así por ejemplo los bienes de todos aquellos proscripios, que en el término de un año no soliciten el perdón del emperador, no serán confiscados, sino vendidos y puesto después su importe a disposición de los respectivos dueños, o reservado para sus legítimos herederos.

—El ministro de la Gobernación de Prusia ha espedido un orden previniendo a las autoridades locales impidan toda ejecución de piezas dramáticas francesas que no esten en perfecta consonancia con la sana moral.

—En los tribunales belgas radica a la sazón un proceso sobre herencia, muy notable. Un tal Sr. Nicolai, que a fines del siglo pasado se había unido en matrimonio con una hija de Maguncia, pero que al cabo de dos años se divorció de ella, legó aun en vida toda su fortuna, que posteriormente adquirió, consistía en 7 a 8 millones de francos a los est blecimientos de beneficencia de 982 poblaciones diferentes. El rey, queriendo premiar este acto de generosidad, nombró al Sr. Nicolai comendador de la orden de la Estrella, y fué colocado su busto de mármol en la sala de sesiones de la sociedad filantrópica, cuyo presidente honorario era. A su muerte fué la fortuna efectivamente distribuida en la forma como lo había dispuesto, habiendo su pueblo nativo, Stavot, con la parte que le tocó, procedido a la construcción de un hospital. Hé aquí que repentinamente se presenta la divorciada mujer de Nicolai, que cuenta ya 82 años de edad, en demanda de la tercera parte que legalmente le corresponde de cuanto su difunto esposo ha legado a los establecimientos, probando que el acto de divorcio no había sido tal como lo prescribe la ley, pues o en conocimiento de la autoridad civil correspondiente en el término de 20 días, fué registrado por consiguiente. Los letrados declaran la pretensión de la Sra. de Nicolai de todo punto fundada. Esta, como se hallase en situación bastante apremiante, y temiendo que acaso por su avanzada edad no ha de alcanzar el término del pleito, ha escrito a la parte que la corresponde a una casa de comercio de Amberes en la cantidad de 170,000 francos; con la condición de que en caso de tener el pleito un éxito favorable, ha de recibir ella ó sus herederos, otra cantidad de 20,000 francos.

Economía política. El gobierno francés se propone dictar medidas muy contundentes para poner coto a la crisis financiera, sobre todo en lo que concierne a las acciones de los caminos de hierro; y es muy verosímil que muy luego se autorice a las sociedades para emitir obligaciones de ferro-carriles (pero no acciones), con lo que quedarán favorecidos los accionistas a la vez que las compañías. En cambio se hará todo lo posible para evitar las suscripciones a la empresa de caminos de hierro de Rusia, lo que será tanto mas fácil, por cuanto la opinión pública se halla en esta parte en perfecto acuerdo con el gobierno.

—De un informe, inserto en uno de los recientes números de *Le Moniteur*, relativo al estado del Banco francés, despréndese que las existencias efectivas se han disminuido últimamente en 3,000,000, los anticipos en 59 1/2, y en cambio aumentándose el papel en 7,000,000 y medio.

—El periódico francés titulado *Le Pay*, ocupándose de los asuntos financieros del Brasil, dice que los derechos de importación habían subido en dicho imperio durante el año de 1854 de 69 a 74,000,000, y los de exportación de 12 a 15 millones.

—A la *Gaceta de Colonia* escriben desde París que el día 12 habían los Sres. Pereire en regalo al Banco 7,000,000 en oro. Además ha hecho este establecimiento esfuerzos extraordinarios para proporcionar un numerario efectivo, todo para evitar que en el próximo informe no aparezca una nueva disminución en cuanto a la existencia efectiva. La noticia que el Banco de Londres había subido su descuento de 6 a un 7 por 100 ha producido una honda sensación en el círculo bursátil de París.

—A deducir de una memoria, publicada por el canceller del tesoro de Inglaterra, los gastos que con motivo de la guerra tuvo el erario nacional que sufragar en el año financiero de 1854 a 1855, ascendieron a 15,010,000 libras esterlinas.

—Parece que el gobierno otomano trata de introducir notables reformas en el sistema monetario que en el día rige en aquel imperio.

Estadística. La población del reino de las Dos Sicilias asciende en el día a unos 7,000,000 de habitantes, y los impuestos generales a 254,589,328 reales, resultando que allí en un pagar por cálculo medio cada individuo 36 rs. y 66 céntimos al año. Estos datos han sido tomados de un periódico francés.

—Del mas reciente censo practicado en los Estados Pontifi-

cios, despréndese que la población total asciende a 3,000,000 diez años a esta parte.

—En un periódico belga hallamos el siguiente cálculo de las defunciones anuales ocurridas en el vecino imperio. En 1844 7,380; en 1845 7,965; en 1846 8,685; en 1847 8,747; en 1848 8,218; en 1849 8,777; en 1850 8,801; en 1851 7,749; de la Gran Bretaña, que cuenta una tercera parte menos que la anual.

—Segun dice el Dr. David O. Allen en su interesante obra relativa a la India antigua y nueva, fué instituida la Gran Compañía de la India Oriental el año de 1600, constituida de comerciantes y capitalistas. La asamblea reunida tiene el nombre particular de *La Corte de los propietarios*. El individuo con una sesión de dicha asamblea, pero no tiene voto; con 25,000 francos se tiene 1 voto; con 72,000 2; con 150,000 3; y con 250,000 francos y mas 4 votos. El número de accionistas propiamente dichos, excede por lo regular de los 3,000; el de los votantes es raras veces mayor que 2,000. El capital social se compone de 150,000 millones de francos. Directores existen 18, de los cuales 12 son nombrados por los accionistas y 6 por la corona. El servicio civil es el mas estimado y ofrece mayores ventajas pecuniarias. Así es que al cabo de tres años de servicio en la India, se puede llegar a un sueldo anual de 37,500 francos, a los 9 a 75,000, y después de los 12 a 100,000 francos; pero no pueden exceder nunca de los 120,000, a escepcion del sueldo de gobernador general. El servicio de sanidad lo desempeñan 800 profesores que hicieron sus estudios precisamente en Europa, ascendiendo sus honorarios anuales de 7,500 a 500,000 francos, pagados también por la Compañía.

Industria. Escriben de Stuttgart que el maestro sastre Schelle, a vecindad en aquella capital, sigue explotando con asombroso éxito la máquina costurera inventada por un americano, como saben nuestros lectores, y últimamente perfeccionada en Alemania. El aparato que tiene dicho Schelle hace, si se quiere, hasta 500 puntadas por minuto; verifica costuras de todas clases hasta el pespunte, medio pespunte, con una limpieza admirable, diferenciándose de la labor análoga ejecutada a mano, no tan solo por la extraordinaria rapidez en llevar a cabo cualquier costura, sino también por la igualdad, por lo fuerte y sólido. La pieza que se sujeta a la máquina está hilvanada, y marcada con una raya la costura que ha de llevarse a cabo. Para que el aparato funcione sin interrupción, es menester que haya de diez a doce trabajadores que ejecutan los trabajos preparatorios.

—La nueva industria conocida bajo el nombre de piscicultura, toma en Suiza, a pesar de las dificultades imprevistas que sobrevinieron, un desarrollo muy lisonjero. La fecundación artificial de 9,000 huevos de trucha produjo últimamente 8,000 peces, en re ellos siete con dos cabezas, y unos 80 gemelos Unidos que se separaron empero al cabo de unas seis semanas. Los huevos de que hemos hecho mérito eran procedentes del lago de Constanza, y fueron trasladados al de Zurich. De 20,000 huevos de barbo, re cogidos en las aguas de este último lago, se obtuvieron próximamente 15,000 peces; de 18,000 huevos de ábulos resultaron tan solo 3,000; total de las tres diferentes clases, 26,000 peces. La ulterior cultura de los mismos tuvo un éxito muy satisfactorio; de modo que este nuevo ramo industrial promete a ser una nueva fuente de riqueza para aquel país, mayormente para cuando sus caminos de hierro vayan ya empalmado con los de las naciones vecinas.

Comercio. El 20 del corriente ha sido promulgado en Nápoles el tratado de comercio celebrado con los Estados-Unidos del Norte-América.

—Sea efecto de la guerra, la cual privó a la agricultura de un recio número de brazos, ó la consecuencia del tiempo desfavorable, ó por ambas causas a la vez, lo cierto es que la Rusia dispone de un remanente escásimo de cereales para la exportación. En los puertos del Báltico el movimiento mercantil no es muy grande, mientras que en el mar Negro se advierte en esta parte una paralización casi completa. Dicen el *Marklane Express* que en el puerto de Odessa se hallan anclados hace ya algunos meses varios buques para tomar cargamento de grano. Los cosecheros no acuden a los mercados con sus existencias esperando que los precios han de tomar un incremento mayor.

—El año pasado, es decir, los 12 meses a contar del 20 de setiembre de 1855 hasta fines del propio mes del presente año, fué el peor que se ha conocido en Inglaterra en cuanto al tráfico de cereales desde que se suprimieron los derechos respectivos. El trigo se cotizó por término medio a 73 chelines y 2 pences, ó sean 2 chelines con 11 pences mas que en 1847, el año de hambre. El *Star* pretende que el actual déficit tiene su origen en la guerra oriental, puesto que Inglaterra no puede prescindir de urtirse de los graneros rusos, y que también aquella misma guerra era la culpa de que la Rusia no pueda ahora enviar a Inglaterra de 4 a 5 millones de cuartas. Hé aquí una relación, tomada de un documento oficial, que nos pone de manifiesto dos estrechos relativos:

Inglaterra importó en total

| Año | Cuarteras | Quarteres |
|---------|-----------|-----------|
| En 1847 | 4,464,757 | 850,556 |
| » 1848 | 3,082,230 | 523,137 |
| » 1849 | 4,921,175 | 594,217 |
| » 1850 | 4,830,263 | 638,613 |
| » 1851 | 5,330,442 | 733,734 |
| » 1852 | 4,161,603 | 4,071,173 |
| » 1853 | 6,238,861 | |

Noticias militares. La carta autógrafa que el emperador Napoleón ha dirigido últimamente al ministro de la Guerra se halla concebida en los términos siguientes: «Mi querido mariscal: Los servicios de mayor utilidad son los que casi siempre mas brillan. El hábil e infatigable ministro, que allá en su gabinete se ocupa de día y de noche en organizar un ejército de 600,000 hombres, y de abastecer a una parte del mismo compuesto de 200,000 combatientes, con todo lo necesario que ha menester en un país a 800 leguas distante de Francia, país que no tiene recurso de ninguna clase, con cuanto le es

indispensable para vivir, para luchar y vencer; este ministro, digo yo, tiene un mérito, que puede al menos ser equiparado con los que contrae el general que ha triunfado en el campo de batalla. La patria no debe hacer distinción alguna, tratándose de su reconocimiento, entre aquel que prepara la victoria con los elementos oportunamente reunidos, y aquel que por las disposiciones tomadas en el sitio y lugar consigue la victoria. Por lo tanto ¡querido mariscal! al mandar que en el *Moniteur* se publique el memorable parte que me habeis remitido, he querido constituir al público en juez sobre vuestros servicios, cuya importancia en toda su extensión, solo me ha sido dado á mí hasta ahora conocerla. Recibid, mi querido mariscal, la seguridad de mi sincera amistad. —Napoleon»

—El ejército de la gran compañía inglesa de la India oriental compónese de dos elementos separados, á saber: los europeos y los indígenas. Los primeros se dividen tambien en dos partes: las tropas de la reina y las tropas europeas de la compañía. Las tropas indígenas son muy numerosas y constan de unos 300,000 hombres de tropas de infantería, caballería, artillería é ingenieros con 8,000 oficiales, todos europeos. Tambien los sueldos son muy subidos, pues un teniente cobra en tiempo de paz 6,700 francos, un coronel 38,400 francos: en tiempo de guerra son todavía mas crecidos.

—En un banquete militar que tuvo lugar en Stafford, sir Roberto Peel, refiriéndose á sus recientes viajes por Rusia, manifestó que al visitar á Cronstadt, no pudo menos de soltar la carcajada, acordándose del insigne sir C. Napier. «El célebre almirante habia estado tambien en Cronstadt, dijo por último sir Roberto Peel, y declarádole inconquistable. Lo será ahora; pero al principio de la guerra Cronstadt era todo menos que inconquistable. Desde el gran duque Constantino, hasta el último cadete de marina, todo el mundo está persuadido que Cronstadt habria quedado reducido á polvo siempre y cuando Charles Napier hubiera tratado de atacar muy de veras aquella plaza.»

Navegacion. El *Diario de los Debates* estampa en sus columnas el siguiente cuadro comparativo entre la marina mercante francesa é inglesa. Dispone la Gran Bretaña, sin las colonias, una flota mercante de 36,348 vapores y buques de vela. Contando, pues, por longitud media por cada buque 40 metros, constituiria la flota mercante inglesa, formados en hilera todos los buques, una línea de 1,454 kilómetros, es decir, que llegaria desde el Támesis hasta Lisboa. El tonelaje total de esta flota asciende á 5,116,000 toneladas (á tonelada á 1,000 kilogramos), y el número de los tripulantes sube á 270,000 hombres. Francia en cambio contaba en 1855 solamente 14,248 buques con un contenido de 872,156 toneladas, es decir, apenas una sexta parte del tonelaje de la marina inglesa. Francia cuenta en un todo 225 vapores con 44,493 toneladas, de los cuales 117 corresponden al Mediterráneo y 108 al Océano. La Gran Bretaña contaba ya en 1845 1,012 vapores, y 1,480 en 1855 con 298,216 toneladas, viniendo á corresponder de ellas á Inglaterra propiamente dicha 1,127, á Escocia 223 y á Irlanda 130, que se distribuyen entre los diferentes puertos en la forma siguiente: Londres 407, Liverpool 260, Glasgow 108, Newcastle 98, Shields 82, Dublin 46, Hull 42, Sunderland 38. Desde 1854 se cons ruye la mayor parte de vapores de hierro, y los mayores se encuentran en Liverpool, punto principal de las 23 grandes líneas trasatlánticas, servidas por 110 formidables vapores.

—Parece que en la embocadura del Oronte se va á construir un puerto. El puerto de Suez está muy animado. Prepáranse nuevas líneas de vapores. La línea de Suez á Djeddah se recorrerá en cinco días.

—Con objeto de explorar nuevamente el paradero de sir John Franklin, se hará muy luego una nueva expedición á la vela que tomará su rumbo para el estrecho de Behring. Para el mando de la misma ha sido elegido el capitán George H. Richard.

—Cartas de Bombay fecha 3 de octubre participan que se verifican aprestos contra la Persia en grande escala. La expedición se compondrá de 15 vapores de guerra armados en gran parte de piezas de á 32, de dos corbetas, dos schooners y diez lanchas cañoneras; además 30 trasportes para conducir á bordo 14,000 hombres y 1,200 caballos.

Caminos de hierro. Las empresas de vías férreas francesas han acudido al gobierno para que este les permita la emisión de nuevas acciones y obligaciones con objeto de poder continuar sus trabajos. El valor de este papel ha perdido notablemente desde que el Banco no le admite para hacer anticipos contra depósitos de tales valores. Confírmase la noticia dada acerca de la compañía del camino de hierro del Este, que rechaza la especie divulgada por varios periódicos, de que dicha empresa suspendia sus pagos. Puede esta ser considerada como una de las mejor administradas entre cuantas existen en Francia, y si se presentan para ella algunos embarazos financieros, no son otros sino los mismos que experimentan y con que luchan las demás compañías, á saber, la continuación de sus trabajos respectivos.

—El gobierno ruso desiste por motivos estratégicos del proyectado establecimiento de la vía ferrada de Moscow á Varsovia, por cuanto todos los ejércitos invasores suelen penetrar en aquella dirección en el imperio ruso.

Telegrafos. En Lloyds han sido enseñadas últimamente muestras del alambre telegráfico submarino que ha de unir la Europa con América, ó sea respectivamente la Irlanda con la Nueva Fundlandia. Mr. Field, que dirige esta vasta empresa, pronunció en aquella ocasión un discurso, en el cual se ocupó de los telegrafos submarinos en general, pasando despues á tratar especialmente del que se va á establecer ahora. Para completar este falta una longitud de alambre de 1,900 millas. La profundidad máxima del Océano entre ambos continentes, es de 2,070 toesas próximamente, y este punto se halla dentro de las 13 millas inglesas de la subdivisión central. Con un temporal favorable, dice Mr. Field, podrá ser sumergido el cable, mediante dos vapores que del centro parten en dirección opuesta, en unos seis días. Vendrá á ocupar la elevación del mar, designada por el teniente Maury, y establecida que sea la vía en cuestión, podrá esta transmitir cada día, del mundo viejo al mundo nuevo, ó á la inversa, hasta 1,400 palabras. El alambre no es muy grueso, pero á juicio de todos los inteligentes, bastante fuerte para hacer el servicio durante muchos años, siendo á la vez suficientemente flexible, circunstancia muy necesaria si se tiene presente la naturaleza del suelo sub-

marino. Creen muchos que el cable ganará por el contrario en consistencia con los infusorios marítimos, tanto animales, como vegetales, que se adherirán á él, cubriéndole así de una capa fuerte como la piedra. Mr. Brett, quien, como es sabido, puso el primer alambre telegráfico submarino entre Francia é Inglaterra, manifestó su mas íntima confianza y persuasión que el destinado al Océano Atlántico llenará cumplidamente las esperanzas, y que si hasta ahora han resultado rupturas en los alambres, han tenido la culpa de ella, ora los que los confeccionaron, ora aquellos que se encargaron de su inmersión.

—La conferencia de telégrafos que con asistencia de representantes de diferentes países debia haberse celebrado ya, ha sido aplazada para la segunda quincena de enero próximo venidero.

Agricultura y economía rural. El resultado de la cosecha de vino de 1856 puede ser considerado por término general en Europa bastante satisfactorio, al menos en que lo concierne á la calidad. Solo en los países del Bajo-Mosela deja esta algo que desear, y lo propio puede decirse en cuanto al producto de la Baviera rhiniana. Por el contrario el vino cosechado en los demás países del Rhin, en el Wurtemberg, en Baden y en la Alsacia pueden competir en bondad para con el recolectado el año próximo pasado. Los puntos extremos del reino de Bacon, es decir, á contar desde los 33° de latitud, en las islas Canarias, Portugal, en una gran parte de España, Sicilia, Grecia y Asia Menor, sigue devastando el fatal *oidium tuckery* los viñedos. La parte mas septentrional de España, la Francia meridional, la Italia central, han tenido una cosecha de muy buena calidad, si bien algo escasa. Extraordinariamente satisfactorio ha sido el resultado de la vendimia en Hungría. A los 46° de latitud, poco mas ó menos, comienzan los países que han tenido una recolección generalmente muy abundante, tal como en la Francia central, en Alsacia, países del lago de Constanza, Suiza y Estiria. Austria ha tenido una cosecha mediana, y bastante reducida la Bohemia (Melnik). En las colinas de Tokay, en cuyas faldas crece el vino, y que se tiene por el mejor del mundo, se ha cosechado poco; en cambio es su calidad de lo mejor que se ha conocido. Aun cuando la cosecha puede ser considerada en general bastante copiosa, no quieren ceder los precios de los vinos, efecto de las escasas existencias de las cosechas de los años próximos pasados.

Neurologías. El día 18 del presente ha dejado de existir en Odessa el príncipe de Woronzoff, que durante tantos años habia mandado las armas rusas en el Cáucaso, y que últimamente fué nombrado feldmariscal con motivo de la coronación del emperador Alejandro.

—El príncipe Carlos Federico Guilermo de Leininguen nacido en 12 de setiembre de 1804, hermano político de la reina de Inglaterra, teniente general y jefe de un regimiento de caballería del ejército de Baviera, ha fallecido el 13 de noviembre en el castillo de Amorbach.

—En Nápoles ha muerto el general Nicolás Flugi de Aspermont. Nació en 1773 en el canton de los Grisones; sirvió en Piamonte, mas tarde en los ejércitos de Napoleon I, con el cual hizo todas las campañas desde 1797 hasta 1808. Entonces entró al servicio de Nápoles.

—El día 29 de octubre fué encontrado en las aguas del rio Dart en el condado de Devonshire cerca de Tynes el cadáver del rey de los gitanos Josiah Stanley. Los médicos que hicieron el reconocimiento facultativo del muerto, declararon que habia sido ahogado antes de arrojarle al agua. La tribu ó banda de gitanos á que perteneció, ha señalado un premio de 50 libras esterlinas que se otorgará al que se apodere del asesino. Hay sospecha que algunos individuos de la propia banda, aspirando á la dignidad de rey, le han dado muerte.

—Ha fallecido en Locarno (Suiza) el abogado Gasparo Nessi, el cual desempeñó durante el periodo de 1830 á 1839 los destinos y cargos mas elevados, tanto del canton como de aquella ciudad. Fué varias veces representante de su canton cerca de la Confederación Helvética. No hace mucho que la academia de Ciencias de Francia habia nombrado al señor de Nessi su corresponsal para la seccion de historia.

AVISO IMPORTANTE.

La administracion de LA ILUSTRACION admitirá en pago de suscripciones á este periódico por todo el año de 1857, los tomos del mismo pertenecientes á 1849, 1854 y 1855, que se le devuelvan completos y en perfecto estado de conservación.

Por cada tomo de cualquiera de los años citados y se entregue en nuestras oficinas, sin ninguna falta ni desperfecto, se estenderá una suscripción por todo el año de 1857.

CELEBRACION DE LA UNION CONYUGAL

DEL GRAN DUQUE FEDERICO DE BADEN,

CON LA PRINCESA LUISA DE PRUSIA.

El 20 de setiembre se hallaban en el real palacio de Berlin las personas mas distinguidas de la corte, en el salon del cuarto de Federico I, con el objeto de asistir al solemne acto del enlace de la princesa Luisa de Prusia con el gran duque Federico de Baden. Trájose á la vez la corona real para ceñirla por la reina á la cabeza de la princesa novia. Dió en seguida el rey la señal para que tuviera principio la ceremonia del casamiento, y hé aqui que el maestro de ceremonia, del casamiento, baron de Stullfried, colocó á todos los asistentes en sus respectivos sitios. El orden en que seguia el cortejo fué el siguiente: rompian la marcha el gran mariscal de la corte baron de Wertler, el mayordomo mayor conde de Keller, que llevaba el baston de mariscal mayor, seguidos de todos los pajes y gentiles hombres de cámara formados de dos en dos; despues los caballeros que estaban de servicio cerca de la princesa novia. A continuación venian los novios con su comitiva. La cola de la novia la llevaron la condesa de Doeuhoff, la condesa Adelaida de Hacke, la señorita de Sternberg y la condesa de Schwerin; sobre la derecha marcaba la camarera mayor de la princesa, señora de Bulow. A retaguardia del gran duque iban su embajador cerca de la corte de la Prusia, el séquito del gran duque, así como el teniente general Peucker y el coronel baron de Czetztritz y

Neuhauss. Seguian despues los gentiles-hombres de la reina, los individuos mas caracterizados de la servidumbre del rey, y en seguida este mismo que conducia del brazo á la princesa de Prusia, madre de la novia, y la gran duquesa viuda de Sajonia Weimar; despues los ayudantes generales y ayudantes de órdenes del rey, á cuya izquierda se veia al ministro de la real casa Sr. de Massow. La reina iba del brazo del príncipe real de Prusia; en el séquito veíase sobre su derecha á la condesa de Massow; la cola de la reina la llevaron las condesas Edita de Hacke, la condesa de Camitz, la señorita de Alvensleben y la condesa de Schlieffen.

Despues de haberse dirigido el cortejo por la sala de los caballeros, la galería de pinturas y el salon Blanco á la capilla Real, en la cual iba á tener lugar el acto religioso del enlace, colocóse el novio á la derecha de su futura esposa y en derredor de los dos formaron las personas reales un semicírculo.

El ministro, doctor Strauss, dióles la bendición, y al verificarse el cambio de sortijas, resonó una salva de artillería de 36 cañonazos. Terminada la ceremonia religiosa regresó el cortejo en el mismo orden al salon Blanco, en el cual los recién desposados recibieron las felicitaciones de todas las personas reales y de las que habian sido convidadas.

Acto seguido principió el *souper* en la sala de los caballeros, sirviendo la régia mesa los tenientes generales Brese y Moe'lendorf. Concluida ya la cena, tuvo lugar el baile en el salon Blanco. Colocados el rey y la reina, así como los nuevos conyuges en el trono, las princesas reales á la izquierda y los príncipes á la derecha del mismo, dió el rey al gran mariscal de la corte la señal para que comenzara el baile. Despues que los novios habian dado una vuelta, por el salon, acompañados del conde de Keller, que llevaba el baston del mariscal superior de la corte; y de doce ministros con hachas encendidas, se acercó la novia al rey, para, inclinándose reverentemente, evitarle á que bailara con ella, y comenzó un nuevo paseo por la sala en la forma que ya dejamos dicho. Esto mismo repitió la recién desposada con todos los príncipes, y despues á su vez el gran duque novio con la reina y todas las princesas.

A esto vino á reducirse el baile denominado de las hachas, despues del cual se retiraron las personas reales acompañadas por dichos ministros á la cámara de SS. MM., á cuya puerta pusieron estos las hachas en manos de otros tantos pajes, los cuales acompañaron despues á los novios hasta la entrada del cuarto.

Aquí se restituyó al guarda respectivo la corona real y despues fué despedida la corte.

A este primer día solemne siguieron todavía otros tres. El domingo 21, despues del culto divino en la capilla Real, hubo en el cuarto de los novios un gran *Déjeuner d'appoint*, y por la tarde corte en el salon de caballeros.

En este mismo local y en la galería de pinturas tuvo lugar el 22 de setiembre una comida, á la que fueron convidadas todas las mas notables personas que encierra la capital; por la noche ópera, y el 23 para terminar las fiestas de la corte hubo en el cuarto del príncipe real de Prusia un *Diner en famille* y despues concierto en el salon Blanco.

El viaje de regreso para el gran ducado, en donde se habian dispuesto grandes festejos, lo emprendieron los recién casados por Colonia. Ya el día mismo en que tuvo lugar en Berlin la union conyugal, habiase todo el país ataviado en traje de gala. No hubo, pues, población alguna, por pequeña que fuese, en que los edificios públicos no hubieran estado adornados con gurnaldas de flores, colgaduras, y con la bandera nacional unida á la prusiana. Sobre todo hubo grande alegría entre la juventud, por cuanto fué festejada con una comida en casi todos los pueblos del gran ducado, habiéndose además distribuido socorros á las clases menesterosas, dotes para novios de escasas facultades. A la hora que en Berlin tuvo lugar la celebracion del himeneo reuniéronse los fieles en las iglesias del gran ducado lujosamente adornadas para pedir á la divina Providencia colme de ventura al soberano y á su futura esposa. Luego que el telégrafo habia trasmitido la noticia de haberse ya celebrado los desposorios en Berlin, mezcláronse con las aclamaciones de júbilo los repiques de las campanas y los festivos cánticos de himnos nacionales: encendiéronse luminarias en todas las principales alturas, se iluminaron profusamente los edificios públicos, por la noche hubo bailes, teatro etc., etc.; en fin, aquellas demostraciones generales de alegría duraron hasta casi el amanecer del siguiente día.

Este regocijo y actitud festiva se reprodujo cuando los augustos recién desposados verificaron su vuelta al país, esparciendo el 26 de setiembre en Mannheim una muchedumbre innumerable la llegada de la flotilla de vapores con los jóvenes esposos.

Poco despues del medio día hallábanse ya reunidas las diferentes corporaciones que de oficio tenían que tomar parte en el recibimiento del soberano, dirigiéndose todas al palacio que estaba magníficamente engalanado. Serian las tres cuando el cañon anunció la llegada de la flotilla á Worms. Conforme esta fué avanzando el estampido del cañon se hizo mas nutrido, las campanas de todas las iglesias se echaron á vuelo, y al desembarcar ya los príncipes soberanos, lo que tuvo lugar á las cuatro, los vivos del inmenso gentío que se habia aglomerado allí fueron muy estrepitosos y tan prolongados que parecia no iban á tener fin, mezclados con los acentos del himno nacional, tocado por las bandas militares. El pueblo badés contempló, pues, por vez primera á la jóven y bella madre del país. La impresion que la augusta princesa obró sobre los corazones con su exterior, y la afabilidad suma con que recibia aquellos homenajes, hizo subir de punto el entusiasmo del público. Presentóse un momento de calma mientras que los festejados subieron al palacio, tregua que duró tan solo hasta el instante en que el gran duque y su esposa se presentaron en el balcon para presenciar el desfile de la tropa. Por la noche estuvo la ciudad iluminada con tal profusion, que vino á parecerse á un océano de luces.

Al medio día del 27 de setiembre partieron SS. AA. para Carlsruh, y verificaron su entrada en aquella capital á las tres y media de la tarde. El recibimiento que les aguardaba en su residencia fué sobre todo encarecimiento entusiasta. Los gritos de júbilo y los vivos de las espesas masas de gente que cubrian las calles y plazas por donde vino la comitiva, no tenían fin. En palacio fueron recibidos con extraordinaria cordialidad por la gran duquesa madre, las princesas Maria y Cecilia, por el

marcgrave Guillermo y sus hijas, por el marcgrave Maximiliano y el príncipe Gustavo Wasa. No pasó mucho tiempo y el soberano se presentó con su esposa en el balcón al pueblo que cubría la plaza del palacio. En seguida desfilaron las tropas, y al retirarse el gran duque con su esposa fueron ambos nuevamente saludados con nutridas aclamaciones, á las que contestaron con visibles muestras de íntimo enternecimiento y gratitud. Al anochecer principió la iluminación general, y entre nueve y diez los augustos recién casados recorrieron, juntamente las demás personas de la familia gran ducal, para ver la iluminación. La casa consistorial, los palacios del Marcgrave y del príncipe de Fuerstenberg, la escuela de Bellas artes con sus preciosos transparentes, la escuela militar, el cuartel de infantería, la puerta de Carlos Federico y el arco triunfal que habia en la misma, sobre el cual brillaba un sol eléctrico, llamaron especialmente la atención. Un aspecto magnífico presentaba la plaza semicircular de palacio, y la preciosa iluminación de la estatua de Carlos Federico con el círculo de luz, que cual aureola resplandeciente adornaba su cabeza. Hallándose en el centro de esta plaza creia uno verse constituido en un mar de luces.

El domingo 28 de setiembre hubo una solemne función religiosa en la capilla de palacio. Por la tarde tuvieron lugar en la plaza del mercado diversiones públicas, tal como baile, cucaña, etc., etc., y por la noche se dió en el teatro de la corte una función escogida.

Para el gran ducado de Baden envuelve este enlace un porvenir venturoso: por de pronto, el gran duque en la embriaguez de su dicha y satisfacción ha abierto las cárceles, devolviendo así el bienestar, consuelo y felicidad á muchas familias.

ALBERTO GRAEFLE Y SU MADONNA.

Entre los numerosos corifeos que descuellan en el campo de las bellas artes de Munich, esta segunda Atenas, distingue muy especialmente á Alberto Graefle, ora como pintor ora como retratista; habiendo su nombre adquirido una fama extraordinaria, no tan solo en su país nativo, sino tambien en el extranjero. En los últimos años tuvo que ejecutar tantos retratos que se vió precisado á abandonar casi por completo la esfera de la pintura histórica.

Recientemente háse encontrado á nuestro artista otra vez en el campo de sus primitivas producciones, y con mucha satisfacción unimos nuestra voz á la fama general, que ha despertado su precioso cuadro de una Madonna con el Niño Jesus.

El primer día de Pascua de Resurrección del presente año fué dotada la bella iglesia católica de Lahr en el gran ducado de Baden, de reciente construcción, con un cuadro de retablo para un altar lateral, pintado por Alberto Graefle de Munich. Representa la Madonna con el Niño Jesus, como ya dejamos referido, y del cual nos ocuparemos mas adelante.

Alberto Graefle, nacido en el Brisgau, año de 1809, fué destinado por su padre el consejero de distrito Graefle, á la carrera de jurisprudencia, habiendo al efecto cursado en la escuela politecnica y la universidad de su pueblo nativo. Sin embargo, su ardiente amor al precioso arte de la pintura, á cuyo estudio, efecto de un impulso propio suyo, habia desde muy joven consagrado, maduró en él la decision de abrazar la profesion de pintor. Opúsose largo tiempo el padre á la inclinación predilecta del hijo, pero por fin dió su asentimiento. Graefle se dirigió pues en 1827 á Munich en donde hizo sus estudios en la Academia bajo la dirección de Cornelius y de Schnoor y ejecutó sus primeros cuadros de propia composición. En 1840 marchó á París, en donde su compatriota y

amigo Winterhalter le instruyó en el perfeccionamiento de la parte de colorido, hasta el punto que el día pasa su pincel por uno de los mas ricos, de los de mayor suavidad y dulzura.

Para estudiar tambien los mas aventajados de la escuela inglesa, visitó durante su estancia en París varias veces la capital de la Gran Bretaña, regresando en 1852, despues de una

un sinnúmero de figuras, algunas cabezas de estudio y varios retratos, todo llevado á cabo con la fluidez y libertad de pincel de buena escuela, con admirable morbidez en las formas y suma corrección del dibujo.

Recibió, como ya hemos indicado, nuestro artista tan numerosos encargos de retratos, que por mucho tiempo no habia podido ya dedicarse á los cuadros históricos propiamente dichos, hasta que por fin se le pudo saludar otra vez como distinguido maestro en aquel campo sublime del arte, en su cuadro de la Madonna con el divino Infante, cuya copia hallan nuestros lectores en el presente número.

En el cuadro original las figuras son de tamaño natural; la madre del Salvador no tiene si se quiere la rigidez y gravedad religiosa de las Madonnas posteriores de Rafael, pero sí la belleza, el aire noble y formas esbeltas de las virgenes santas pintadas anteriormente por el inmortal artista. Lo que distingue el cuadro de Graefle ante todas las Madonnas con el santo Niño es que el divino Niño, que se halla en pie al lado de su santísima Madre, con la diestra levantada, recuerda mas bien al infante Dios, enseñando á los doctores del templo, que no á un niño que débil aun descansa en el regazo ó en los brazos de su madre.

Lo que imprime empero á la Madonna de Graefle un sello aun mas palpable de obra clásica en la esfera de la pintura, es la incomparablemente hermosa combinación del colorido. Los tonos generales y las medias tintas del cuadro encantan. Disputáanse en él la preferencia, la luz, la fluidez, el vigor, la armonía y la libertad de la entonación, produciendo en su conjunto, unido á la extraordinaria corrección y riqueza del dibujo, un efecto especial, una impresion mística y devota, tal como el culto católico en general sabe despertar en el corazón de sus fieles; efecto sumamente bienhechor, puesto que las reflexiones morales y dogmáticas por sí solas, depositadas en los libros, ó las que se desprenden de la comprensión ó conocimiento homilética, hallándose mas allá del horizonte espiritual de la mayoría de los fieles, dejan á estos harto frios, indiferentes y nada satisfechos.

Con el asombroso éxito que ha conseguido esta preciosa obra, es de esperar que Graefle producirá otras del género histórico, y aun corre la voz de que el gran duque de Baden ha confiado á su distinguido pincel la ejecución de una serie de cuadros de aquella clase.

Reasume Graefle todas las dotes especiales de un artista eminente. A la suma corrección del dibujo, con la que sabe tan admirablemente idealizar las formas plásticas, é interpretar la parte de movimiento, únese su distinguido talento en cuanto á la ejecución del colorido, que revela al artista consumado. La naturaleza es para Graefle en todas sus obras el norte principal, como fuente la mas inagotable de la belleza y de la verdad artística. Los tesoros que explota de esta mina obtienen entre sus manos las cualidades mas cumplidas que la severidad del arte puede reclamar.

De aquí que Graefle se ve siempre rodeado de un cúmulo de discípulos de diferentes naciones, en su mayor parte hombres jóvenes que acuden á este gran maestro para apropiarse en lo posible sus brillantes dotes artísticas, y lograr así despues cierta independencia. Con el sistema de enseñanza que Graefle se ha trazado en su calidad de consumado maestro, no le es de manera alguna difícil el hacer comprender á sus discípulos, un poco inteligentes así del camino de una vacilación ó inconstancia fatal en lo que concierne á la parte técnica, á la vía de un sistema y método de verdadera solidez y firmeza, circunstancia que no caracteriza mayormente las escuelas de pintura de nuestros días.



MADONNA, cuadro por Alberto Graefle.

ausencia de doce años, á su patria en donde el regente del gran ducado de Baden, decidido protector de las bellas artes, le nombró pintor de cámara.

Mas tarde pasó Graefle de nuevo á Munich, en donde ejecutó varios cuadros, entre ellos el triunfo de Hermann; con

discípulos, un poco inteligentes así del camino de una vacilación ó inconstancia fatal en lo que concierne á la parte técnica, á la vía de un sistema y método de verdadera solidez y firmeza, circunstancia que no caracteriza mayormente las escuelas de pintura de nuestros días.

LINDAU Y SU 12 DE OCTUBRE.

Lindau! Tú no eres por cierto la perla menos preciosa de la corona de los reyes de Baviera! Estas palabras pueden ser dirigidas desde aquel día á la ciudad insular.

Pequeña Venecia, así denominan los orgullosos isleños á su pequeña pero muy deliciosamente situada ciudad. Respecto á situación, cábela por cierto un encarecimiento superior que á la ciudad antigua de las Lagunas, pues cual una perla de primera magnitud engarzada con záfiro y esmeraldas, osténtase el pequeño mar de la Suabia orleado por el Sud de hermosas montañas, y por el Norte con las fructíferas llanuras de la Suabia, mientras que Lindau constituye el precioso brillante montado, por decirlo así, al aire.

Este pequeño paraíso fué el 12 de octubre el teatro de una de las mas bellas fiestas nacionales. Este día, cumpleaños del rey, y que por lo tanto lo fué de júbilo para toda la Baviera, vino á ser para Lindau día de suprema alegría y satisfacción. Tuvo lugar el acto solemne del descubrimiento del magnífico monumento del rey Maximiliano, erigido á expensas de veinte ciudades bávaras en loor del muy amado soberano y como testimonio indeleble de gratitud por su rey, cuya constante solicitud ha sabido, siguiendo el espíritu de la época y del progreso, elevar su reino á un grado de prosperidad y ventura casi incomparable. En primer lugar sirvieron de móvil para aquella demostración de reconocimiento, la construcción de las grandes vías férreas, las cuales, acometidas por el rey Luis, fueron llevadas á cabo con asombrosa energía y consiguiente prontitud por Maximiliano II, con cuya vía las veinte ciudades que costearon el monumento en cuestión quedan entrelazadas cual una sarta de perlas, formando Lindau, lugar de su emplazamiento, por decirlo así, el broche de oro de esta sarta.

La adjunta copia del monumento nos exima de entrar en detalles y pormenores descriptivos del mismo. La estatua del rey, de once pies de alto, en traje de gran maestro de órden de caballeros de San Jorge, en manto real, es de bronce. Las figuras alegóricas sentadas en los ángulos diagonales del zócalo, y que por sus emblemas y atributos simbolizan bien distintamente el comercio, la industria, la agricultura, la navegación, las vías férreas, las ciencias y artes, etc., son de mármol de Kehlheim. El pedestal octógono tiene los escudos de los ocho principales departamentos del reino, y los respectivos á las ya indicadas ciudades se hallan en la opuesta parte del monumento: en cuanto á las inscripciones, todas son de bronce y doradas á fuego.

En lo que concierne al efecto de las partes arquitectónicas y plásticas, no hay mas que una sola voz, á saber, la de suma y general admiración. Las partes plástico-simbólicas del monumento, así como los escudos de armas, son todos del escultor Halbig. La estatua del rey, obra de fundición de bronce de un mérito culminante, así como los escudos de armas doradas, salieron de los talleres del célebre fundidor Fernando Miller. Bien puede decirse que el monumento, en cuanto á su mérito artístico, es no solamente uno de los primeros de nuestro siglo, sino de todos los tiempos.

Sin embargo, el mérito principal del monumento consiste en su verdadera significación. Envuelve la expresión genuina é incontrastable de los sentimientos leales de un pueblo que ama entrañablemente á su sabio, enérgico y magnánimo monarca. La fidelidad bávara es proverbial; y la lealtad, en el sentido bávaro, es sinónimo de amor, y la fidelidad y el amor, tal como los abraza en su corazón el pueblo bávaro por sus reyes, aspira siempre á sellarse con testimonios indelebiles: de aquí el monumento de Lindau.

Las inscripciones del monumento dicen: sobre el costado derecho Maximiliano II, rey de Baviera, conde palatino del Rin, duque de Baviera y Franconia y de Suabia. Sobre el costado izquierdo de la estatua se lee: Al promovedor del comercio, al fundador de este puerto, y al que concluyó el camino de hierro del Sud-Norte, comenzado por Luis I. En la parte de atrás del monumento se encuentra la inscripción siguiente: Las ciudades unidas por él. (Por el camino de hierro.) En el medio de la orla que forman los escudos de armas se encuentra la cifra anuaria de 1856 en caracteres latinos. Sobre el lado derecho del zócalo de la estatua se lee: En testimonio de agradecimiento. Estas sencillas inscripciones hacen mayor efecto que cuanto en estilo mas escogido y retumbante se habria podido escribir.



Monumento de Maximiliano, rey de Baviera, en Lindau.

La solemnidad del día se anunció á la madrugada con el toque de diana por las calles y con el estampido del cañon. Terminado el culto divino de ambas confesiones, reunióse en el punto designado el clero, las autoridades civiles y militares, los magistrados de la ciudad, con diputaciones de los ayuntamientos de las ciudades que contribuyeron para la erección de este monumento, la sociedad lírica de Lindau, el cuerpo de veteranos, los miembros delegados del comercio y de la industria; y formado ya el cortejo, dirigióse á la plaza en el órden siguiente: 1.º un heraldo á caballo, 2.º la banda de música del regimiento de infantería número 12, 3.º los individuos de la sociedad filarmónica de Lindau, 4.º las autoridades civiles y militares, el clero, la magistratura de la ciudad con las diputaciones de las demás ciudades y el cuerpo de veteranos, 5.º las corporaciones ó gremios de industriales, comerciantes, artistas, etc., etc.

Luego que habia ya llegado el cortejo al sitio del monumento formó la *landweht* un cuadro, dentro del cual se colocaron todas las secciones arriba mencionadas, los artistas que han construido el monumento y los arquitectos que habian trazado el proyecto para el mismo. En seguida de estar ya definitivamente formado el cuadro dirigióse una comisión del ayuntamiento con el burgomaestre, ó sea corregidor, á casa del comisario régio, el presidente del Consejo de ministros baron de Pfordten, para buscarle. Llegado ya al punto principal de la fiesta, cantó la sociedad filarmónica de Lindau con acompañamiento de orquesta un himno alusivo. Acto seguido pronunció el burgomaestre un discurso refiriéndose al objeto y origen del monumento, terminándole con vivas al rey.

En este mismo instante cayó el lienzo que cubria el monumento, los vapores surtos en el puerto y la artillería de la plaza hicieron el saludo de ordenanza, las bandas de música tocaron la marcha real, las campanas de los templos fueron echadas á vuelo, y la muchedumbre de espectadores prorumpió en estrepitosos vivas al rey, aclamaciones y gritos de júbilo.

En seguida, en nombre del rey, contestó el presidente del Consejo de ministros, baron de Pfordten, al discurso pronunciado por el burgomaestre, demostrando la extraordinaria satisfacción del rey viendo ya terminadas las obras del camino de hierro del Sud-Norte, comenzado por su augusto padre, prosiguiendo despues en los términos siguientes: «En memoria de este día ha ordenado S. M. la acuñación de una medalla conmemorativa. Intérprete de los sentimientos del rey, debo de todo mi corazón desear que las bendiciones de aquellas obras públicas se derramen cada vez mas copiosamente sobre todas las ciudades y pueblos de la campiña que cruza la vía férrea Sud-Norte, desde las risueñas orillas de este lago hasta las montañas de Fichtelberg, y que nuestro muy amado soberano vea algun día coronados sus paternos desvelos para mayor ventura y honra del pueblo bávaro.»

Despues de este discurso pronunciado con un acento de íntima emoción, se cantó la conclusión del himno arriba referido, y terminado este, fue acompañado el comisario régio por algunos individuos del ayuntamiento á su alojamiento. Poco despues desfiló precedido de una banda de música todo el cortejo delante de la casa del comisario régio que se hallaba en un balcon de la misma, tomando en seguida la dirección á la calle de Maximiliano, en donde se disolvió.

A las dos de la tarde tuvo principio el gran banquete, durante el cual, y seguido de salvas de artillería y música, se dieron varios brindis alusivos á la fiesta del día. Sobre las siete de la tarde se iluminó el monumento con fuegos de Bengala, se cantaron himnos nacionales alternados con preciosas piezas que tocaban las bandas de música. Un magnífico baile, dispuesto por el comercio de Lindau, fue la conclusión de aquella memorable fiesta.

Hasta poco despues de haberse verificado el acto solemne del descubrimiento del monumento, hizo un tiempo muy apacible; pero de allí á poco comenzó á caer una lluvia bastante copiosa que no cesó ya en toda la tarde, sin que empero sirviera de obstáculo á que los concurrentes á la fiesta continuasen entregados al júbilo y alegría, para lo cual no habian contribuido poco los vecinos republicanos de la Suiza, que en grandes masas habian acudido en vapores primorosamente engalanados con banderas, gallardetes, etc.

Esta fué pues la fiesta inolvidable del 12 de octubre de 1856 en Lindau, sobre el lago de Constanza, cuyo recuerdo lo trasmirá á la posteridad el magnífico é incomparable monumento del rey Maximiliano, el cual, juntamente el precioso faro y el gigantesco leon bávaro, que entrambos adornan el puerto, elevan á Lindau á la categoría de las principales ciudades del

Mira, amado mio: abrázame, que allí viene la muerte; en aquella ola negra viene. Abrázame, Semin, no me dejes. ¡Oh! ya me levanta el agua.

Yo te abrazo, Semira, decía el joven: abrazada te tengo. Muerte, sé bien venida: aquí estamos. ¡Alabada sea la justicia eterna!

Así dijeron, y la ola los arrebató abrazados.

J. E. HARTZENBUSCH.

LA CATEDRAL DE GRAN Y SU CONSAGRACION.

Trescientos años han trascurrido ya desde que se concibió el primer proyecto de construir una catedral en Gran, ciudad de Hungría. La irrupción de los turcos desbarató el plan, habiendo tenido que trasladarse el cabildo a Tyrnau, y la residencia arzobispal fue a parar a Presburg. En 1820 por fin, hallándose otra vez reinstalado en Gran el cabildo con su prelado el arzobispo Alejandro de Rudnay, se dió principio á la construcción de la nueva catedral, habiendo sido puesta la primera piedra por el palatino Archiduque José, el día 23 de abril de 1822.

Para formar una idea de las dificultades que hubo que vencer en tan colosal edificio, juntamente la grandiosidad del respectivo plan, según el cual la iglesia misma constituye solamente una parte del conjunto total de los edificios, cuya conclusión definitiva reclama aun muchos años, hanse espuesto los modelos respectivos. El primer modelo representa la montaña sobre la cual se halla situada la antigua fortaleza de Gran con la iglesia que mandó construir la emperatriz María Teresa. Véase la casa de los gobernadores, de los cuales el último, el general Schuhknecht, falleció en 1732. Las obras de defensa fueron demolidas por completo, á escepcion de un antiquísimo baluarte y un grupo de casas, las cuales quedaron mas tarde igualmente arrasadas. El segundo modelo envuelve el plan presentado por el arzobispo Rudnay, el cual sufrió notables modificaciones en el transcurso de los años. La montaña de Gran presenta por el lado del Danubio una falda bastante escarpada, mientras que la opuesta, con sus mesetas, es menos rápida. Sobre la cumbre de la montaña elevase la catedral, debiendo ser construidas sobre la izquierda y derecha de la misma dos palacios, el uno para el emperador, y el otro para el primado. Desde la meseta superior parte un declive muy suave á la segunda terraza. En ambas faldas se construirán seminarios, de los cuales uno quedará muy pronto concluido. A estos edificios se unen dos palacios para doce canónigos, quedando aun abierto el cuarto lado de la meseta que sirve de entrada viniendo de la ciudad; pero será pronto totalmente cerrado con otras casas en que se alojarán también canónigos.

Ocupándonos ahora de la iglesia, diremos que en cada uno de los dos lados de la fachada principal hay dos grandes campanarios. El pórtico cuenta 24 columnas; las hojas de la puerta son de hierro y pesan 104 quintales cada una.

Mientras que la parte exterior, con no estar aun concluidos los edificios accesorios, no embarga la admiración, el aspecto de la parte interior, por el contrario, impone verdaderamente. El pavimento consta de losas de mármol de cuatro pies en cuadro, alternativamente blancas y rojas. Las últimas son de las canteras de Suttoe, y las blancas de Carrara, de donde procede todo el mármol blanco y gris, como por ejemplo el empleado para las dos disformes pilas de agua bendita. Las pinturas al fresco las ejecutó Moral de Munich con sus discípulos. En la techumbre de la nave inferior están pintadas las ocho bienaventuranzas: los frescos de la derecha del crucero representan diferentes pasajes de la historia de San Esteban protomártir y los de la parte opuesta son tomados de la historia del Salvador. La cúpula ó media naranja tiene fondo azul sembrado de estrellas de oro. Doce ventanas colosales, con otras dos semicirculares en el crucero, dan luz á la catedral. El fresco que hay sobre el presbiterio, al cual conducen 12 gradas, representa á la Santísima Trinidad, y aquellos que hay sobre las pilastras, que sostienen la cúpula, los cuatro santos doctores de la Iglesia, cuyas figuras en actitud sentada miden 22 pies. El piso debajo de la cúpula es obra trabajada de piedras de mármol de varios colores formando una especie de arabescos.

El retablo del altar mayor, la Asunción de Nuestra Señora por Grigolletti en Venecia, es uno de los adornos principales de la catedral. Mide 40 pies de alto, con 20 de ancho; así es que este cuadro al óleo es acaso el de mayores dimensiones que ha sido pintado en nuestros días.

El altar mayor es de mármol y de adornos de bronce dorado, y el tabernáculo y los grandes candelabros son de una magnificencia suma.

La sillería del coro, que ocupan los canónigos, es de extraordinario mérito. En los panales que hay sobre los asientos véanse composiciones tomadas en parte del Antiguo, parte del Nuevo Testamento y en la parte superior hay retratos de los mas distinguidos príncipes de la Iglesia. Igualmente hermoso es el púlpito y la silla del primado que hay frente á este.

Todo el zócalo en derredor de la catedral es de mármol rojo; asimismo el basamento de las grandes columnas, que son de mármol amarillo de Suttoe. Por el lado izquierdo del crucero se halla el comulgatorio, cuya balaustrada es del todo de mármol de Carrara.

Capillas laterales cuenta la catedral dos y se hallan á los lados de la nave inferior. En la de la derecha hállase el grupo de mármol de San Esteban por Ferenczi, y frente á frente se vé el monumento de mármol de Carrara erigido en memoria del primado archiduque Ambrosio, muerto en 1808. En la capilla que hay en la parte opuesta se reedificó dentro de la misma otra capilla, que cuenta ya 300 años, pero que fué demolida al construirse la nueva catedral. Al armazón de la cúpula se sube por una escalera de 400 escalones: es de hierro y pesa 106,795 libras, y el cobre con que está revestido el tejado 30,623 libras. La cruz dorada, que descuelga sobre la cúpula, mide 19 pies de alto. Las columnas que exteriormente sostienen la cúpula tienen un diámetro de seis pies, con 60 pies de elevación. Sobre los cuatro ángulos de la nave se hallan en la plataforma los evangelistas, de 18 pies de alto; por el lado del Danubio empero véanse las estatuas de San Esteban, San Ladislao, San Pedro y San Pablo, y en el centro la Religión, estatua que mide 21 pies. Sobre el pórtico serán igualmente

colocadas cinco estatuas, que son de piedra berroqueña y debidas al cincel del distinguido estatuero Casagrande.

El panteon debajo de la iglesia catedral coincide por completo con el caracter grandioso que reside en el conjunto del edificio. Una escalera de dos cuerpos conduce á una especie de vestíbulo que se halla justamente debajo del pórtico. A la puerta que da entrada al panteon hay dos ángeles que con coronas de flores en manos saludan á los que van llegando. Entrase primero en una galería de 10 colosales columnas de asperon. Aquí se inhumaron los restos mortales que fueron hallados de los canónigos anteriormente muertos: asimismo fué sepultado allí el último gobernador de la plaza, general Schuhknecht, cuyas cenizas descansan en un gran sepulcro de mármol rojo. Termina esta galería con una especie de rotonda con cuatro columnas, que es el panteon de los primados. Aquí todo es mármol y jaspe: el altar, los zócalos, frisos, columnas, techumbre y pavimento. Hállanse ya sepultados allí tres arzobispos, á saber, el archiduque Ambrosio, Rudnay y Kopacsí. Cuenta el panteon en su conjunto hasta 239 nichos, los cuales, despues de depositados en ellos sucesivamente los cadáveres, son cerrados con una lápida de mármol que contiene el correspondiente epitafio.

El día 31 de agosto verificóse la solemne consagración de la nueva catedral con un aparato y magnificencia digna de tan augusta ceremonia, y para darla aun mayor realce asistió al sagrado acto el emperador que al efecto habia llegado la víspera de dicho día á Gran. Las casas de la ciudad, casi sin escepcion, estaban colgadas y adornadas de flores: dó quiera ondeaban banderolas, y á partir del puente habíase erigido tres magníficos arcos triunfales.

El estampido del cañon despertó á las cuatro de la mañana del 31 de agosto á los habitantes de Gran. Sobre las ocho salió el cardenal Primas Juan Scitowsky de su palacio para trasladarse en un carruaje de gala tirado por seis soberbios caballos á la basílica. Delante del coche de Su Ema. cabalgaba en un caballo, preciosamente enjaezado y conducido por dos lacayos con lujosas libreas, el protonotario del Papa, llevando en su mano derecha la cruz arzobispal y de la izquierda las riendas del caballo.

Al llegar el cardenal Primas á la grande escalera que conduce á la catedral, descendió del carruaje, y encontrándose ya á la puerta del templo, la que se encontraba del todo cerrada, postróse el celebrante en tierra: se dijeron los siete salmos penitenciales, y despues se cantó la letanía de todos los santos. Acto seguido bendijo el Cardenal-Primas agua, y tomando el hisopo dió tres vueltas á la catedral rociando en nombre de la Santísima Trinidad la parte exterior del templo. Cada vez que volvía á la puerta, tomaba el báculo y daba con él unos golpes contra ella. A la tercera vez, y al pronunciar las palabras, *Ecce crucis signum, fugiant phantasmata cuncta!* abriéronse súbitamente las puertas, y el prelado, seguido del clero asistente, entró en el templo despues de haber hecho la señal de la cruz sobre el umbral de las mismas.

Hállándose ya en el centro del templo, en cuyas paredes ardian doce cirios, representando á los doce apóstoles, arrojábase el Cardenal-Primas cada vez que iba á comenzar otra ceremonia, para dirigir sus votos al Espíritu Santo, á fin de que derrame sus dones divinos sobre aquel santuario.

Despues se levantó el celebrante, y trazó con su báculo en la cruz que habia sobre el pavimento de la basílica, hecha de una ligera capa de ceniza, el alfabeto griego y latino. Terminado este acto, se aproximó al altar mayor y le roció siete veces con agua bendita: lo propio hizo, aunque tan solo tres veces, contra los muros del templo, y la que restaba aun esparció por último en direccion de las cuatro partes del mundo.

Entretanto iba llegando el emperador y los cinco archiduces. Rompió la marcha del brillantísimo séquito el capellan de honor conde de Forgach, conduciendo en su diestra la cruz apostólica. Despues de haber tenido ya lugar la recepción del emperador por el Cardenal-Primas y demás individuos del alto clero, principió la solemne procesion para conducir desde una capilla las sagradas reliquias al templo, verificado lo cual emprendió el celebrante la uncion del edificio. Principió este acto en la puerta de la basílica, despues pasó á hacerlo al sitio en que se encontraban las reliquias; en seguida en cinco diferentes puntos del altar mayor, derramando por último el óleo sobrante sobre las gradas del altar. La misma ceremonia de la uncion verificó despues el celebrante en cada uno de los sitios en que ardian las luces de los apóstoles. Luego se colocó sobre la mesa del altar la sábanilla y principió el primer sacrificio de la misa, cantándose á grande orquesta la que con el título de *Misa de Júbilo* compuso el célebre Litz.

A las tres de la tarde comenzó la comida en el palacio del Cardenal-Primas, durante la cual brindó este prelado por el emperador, y S. M. I. lo hizo á su vez en términos muy afectuosos por esta iglesia y por el país. A las seis de la tarde comenzaron las diversiones públicas dispuestas en el campo de *Georgi*, y por la noche hubo iluminación general que fué magnífica. Habiase levantado sobre dicho campo una preciosa tienda de campaña para el emperador, y en sus inmediaciones hubo un grande cerco, en que se verificaron algunas corridas de competencia, y despues principió la gente de la campaña á bailar. Con la variedad de los trajes nacionales ofrecieron los corrillos de los bailes un aspecto muy pintoresco. Aldeanas hubo ataviadas en saya corta de paño color de grana, corpiño verde y zapatos encarnados con media blanca: otras llevaban saya de paño amarillo con listas ó franjas negras, corpiños de este mismo color y calzado amarillo. Al llegar el emperador formaron aquellos bailarines calle y le saludaron con entusiastas aclamaciones. Un papel especial hicieron en estos recreos públicos dos grandes bueyes que estaban asándose, junto á los cuales habia varios carros con pan. Luego que aquellos ya estuvieron bien asados, fueron cortados en pedazos, así como los panes y distribuidos entre la muchedumbre. La iluminación, como ya lo hemos indicado, fué brillantísima. Todas las casas, los arcos triunfales, el puente Nuevo, la Casa Consistorial, la del Landgraviato, del Seminario, etc., estuvieron preciosa y profusamente iluminadas. En la fachada principal de la Casa Consistorial leíanse en caracteres flamígeros las iniciales del emperador y de la emperatriz. Sobre toda ponderación magnífico y sublime era el aspecto que presentaba la basílica, iluminada con vistosos fuegos de Bengala. Por la noche recorrió el emperador las calles de Gran, y dos horas despues volvió á marcharse de la ciudad.

APUNTES BIOGRAFICOS

SOBRE

ANACREONTE.

I.

Hay empresas que si no son difíciles de acometer, son por lo menos imposibles de llevar á cabo, y á este género pertenece la de escribir una biografía detallada de Anacreonte. La vida del cantor de Teos, como las vidas de Homero, de Pindaro, de Safo, y de muchos otros célebres poetas de la antigüedad, es un conjunto informe, una amalgama original y estraña de muy escasos hechos verdaderos y ciertos, y de innumerables fábulas.

Apoderándose sus traductores y comentadores en diversas épocas de las anécdotas y conjeturas mas ó menos inverosímiles inventadas por la fecunda y caprichosa imaginación de varios poetas y escritores griegos, ya contemporáneos ya posteriores á él; llevados unos del deseo de hacer de Anacreonte una eminencia política ó un magnate; considerándole otros como vástago ilustre de una esclarecida familia; convirtiéndole algunos en un favorito; presentándole muchos como un ser estremadamente escéntrico, han acomodado todos como mejor convenia al objeto que se propusieron lo que ellos llamaban vida de Anacreonte. Semejantes trabajos, en que resalta á primera vista la falta de crítica y de buena fé; en que se atribuyen al poeta vicios y virtudes que solo pueden juzgarse concienzudamente, teniendo muy en cuenta las costumbres del pueblo en que vivió y las ideas dominantes de su época; en que lastimosamente se confunde la historia con la novela; esos trabajos que tal vez con el mejor deseo dan lugar á errores que son tanto mas difíciles de destruir cuanto mas lejanos y desconocidos son para nosotros los tiempos de que se trata; esos trabajos, por último, mas parecen dictados por el afán de engrandecer al héroe sobre quien se escribe, que no por el deseo de hacer una pintura fiel y exacta de su vida y de sus obras. De sus autores pudiéramos decir con un ilustrado crítico moderno, que revelan mas celo, mas interés por la gloria del poeta, que exactitud, estudio é inteligencia de la persona y de los hechos á quien pretenden dar á conocer.

II.

Una ciudad situada en una de las mas fértiles, mas voluptuosas, mas embriagadoras y poéticas comarcas de la Jonia, Teos, fué la cuna y patria de Anacreonte. Allí vió la primera luz el cantor de Bathylo; allí corrieron; quién sabe si felices y serenos! los primeros dias del entusiasta admirador de Baco y del dios de Citera. Acaso allí tambien, jugando en sus floridos prados, acariciado por la fresca brisa de una tarde de primavera, brotó por vez primera en su imaginación ese dulcísimo canto a LA PALOMA; acaso allí tambien, perdido entre la sombra de sus perfumados bosques, asentado en las márgenes de algun límpido y cristalino arroyuelo, alumbrado por la pálida luz de la luna, en una noche de estio, cruzó por su mente la primera idea, rica de ternura y de sentimiento, de la oda A SU AMADA.

No es conocida con exactitud la época de su nacimiento: los mas concienzudos críticos señalan la setenta y una ó setenta y dos olimpiada, en el siglo VI, antes de la era cristiana.

¿Era de familia ilustre? ¿Era tal vez humilde su cuna? Misterio es este que hasta ahora nadie ha descubierto, pero que en nada afecta á las obras del poeta. ¿Para qué mas gloria que la que estas le han dado? ¿Quién no envidia la fama de un hombre que crece y se aumenta al par que el tiempo pasa, que llega á nosotros á través de las edades, que admira aun el mundo despues de veinticinco siglos? Acaso los que fundándose en un pasaje de Platon, acaso esos comentadores que le hacen descendiente del rey Codrus, ¿pudieron imaginaria ni mas bella ni mas imperecedera?

Lo que hay de cierto es que el nombre de su padre, así como el de su familia, son totalmente desconocidos.

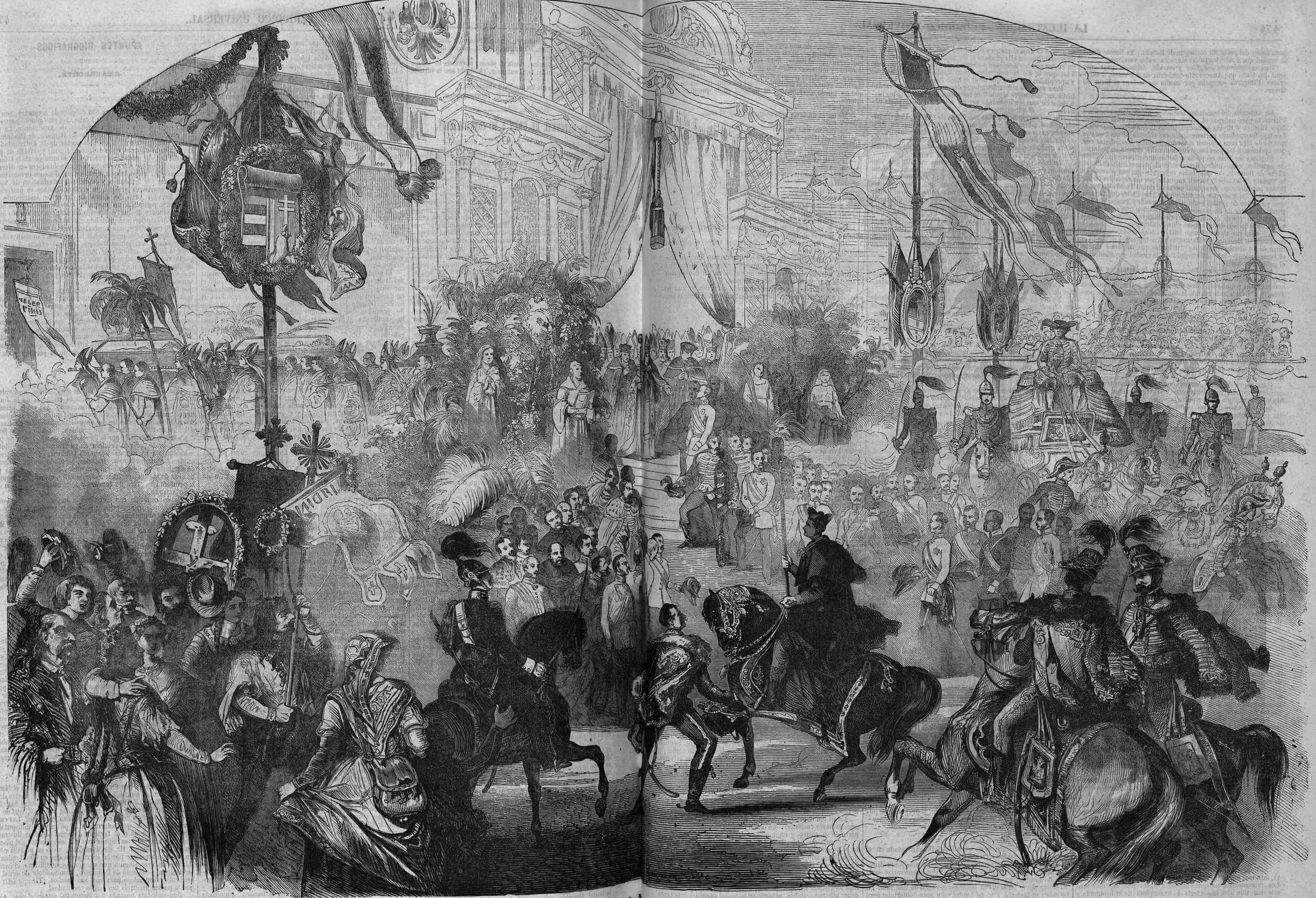
III.

No hay noticia alguna exacta sobre la infancia y los primeros años de la juventud de Anacreonte. El denso velo que cual espesa nube encubre y rodea la mayor parte de su vida, solo se rompe á trechos para dejarnos ver aunque imperfectamente algunos de sus principales acontecimientos. La vida de Anacreontes como un cielo nublado: cuando, á impulsos del viento las nubes se apartan, admiramos con indecible placer el puro azul del firmamento; ambiciona el deseo contemplar por un mas largo espacio de tiempo tan delicioso espectáculo, pero el viento que separó las nubes empujando á unas en pos de otras vuelve á unir las, y el espectáculo desaparece. Así es tambien la existencia del poeta griego: goza la inteligencia cuando rompiendo á trozos el velo del pasado, descubre á través de esos girones algunos de los hechos del hijo de Teos. Acaso tambien el misterio y la oscuridad que rodea á los que de él ignoramos, presta mayor encanto á los que nos son conocidos y que reputamos como verdaderos.

IV.

En la época en que Samos y Atenas se disputaban el honor de acoger en su seno á los mas célebres sábios y poetas de la Grecia, hallamos á Anacreonte en la primera de estas dos ciudades, siendo uno de los personajes mas notables, uno de los mas bellos adornos de la corte del tirano Policrates. Las eminentes cualidades que adornaban al poeta y su indisputable mérito hicieron de él el favorito de aquel príncipe ilustrado. Accesible tan solo á las impresiones y á los encantos del placer, Anacreonte, según Mr. de Montalcan, vivió en aquella corte sin dejarse arrastrar por la corrupcion que en ella dominaba. Máximo de Tyro asegura que sus poesias modificaron el caracter desigual y violento de Policrates, cambiándole de cruel en benévolo y bondadoso para con sus vasallos. ¡Tiempo feliz en que la poesia producía tan bellos resultados!

Una anécdota contada por Herodoto, según el cual, Anacreonte se hallaba en la cámara de Policrates, cuando este recibió al enviado del sátrapa Orestes, ha servido á algunos de sus comentadores, entre ellos á Tanneui Lefevre y á su hija,



CONSAGRACION DE LA CATEDRAL DE GRAN: RECIBIMIENTO DEL EMPERADOR FRANCISCO I POR EL CARDENAL ARZOBISPO JUAN SCITOWSKY, EN LA PUERTA DE LA BASILICA DE GRAN.

para hacer del poeta un consejero de Estado. Ya hemos dicho la verdad que á nuestro juicio merecen estas versiones.

Una coincidencia singular y estraña debemos consignar aquí. En tanto que Anacreonte celebraba en sus versos á Polícrates, Pitágoras escapaba por medio de la fuga al furor del tirano.

V.

La ausencia del legislador ateniense había dado ocasion á Pisistrato para usurpar el poder. A la muerte de este, sus dos hijos Hiparco é Hipias se compartieron la suprema autoridad. Los tres usurpadores pertenecían á esa clase de tiranos que ya que no de otra cosa, cuidan al menos de dorar las cadenas con que oprimen á los pueblos sobre los cuales ejercen su poderío.

El poeta de Teos no podía dejar de encontrarse en la corte de aquellos, cuyo padre había sido el primer editor de las obras de Homero, del que había ordenado que sus poemas de la Yiada y de la Odisea, fuesen cantados por los rapsodas en las fiestas panatheneas; de aquella corte de quien Tomás Moore, el elegante y fiel traductor de Anacreonte, ha dicho que parecía una vía lactea de genios eminentes. Mandado á buscar por Hiparco, el cantor de Baco, aceptó la invitacion que se le hacia, llevando en pos de sí á la ciudad de Minerva el espléndido y voluptuoso cortejo de las musas y de los amores.

Allí vivió por algun tiempo feliz y considerado, hasta que asesinado su Mecenas por Harmodio y Ariogiton, y exaltado el furor de los atenienses por las crueldades que dictara á Hipias el resentimiento, fue este arrojado de la ciudad y restablecido el gobierno popular.

La muerte de Hiparco fué la señal de la partida de Atenas para Anacreonte. Huyendo de la confusion y el estruendo de las conmociones populares, volvió el poeta á su patria, la deliciosa Teos, y allí vivía aun cuando la Jonia fué invadida por los persas, por haber osado esta rebelarse contra Dario.

VI.

La filosofía, mediante una ficcion en estremo honrosa para la humanidad, considera como imposible todo aquello que es contrario á la moral. Parece este aserto tanto mas digno de crédito, cuando se trata de hechos (no entraremos ahora á calificar si son ó no verdaderos) que aparecen como violaciones execrables no solo de las leyes de la naturaleza, sino tambien de las de la moral.

Para honra del poeta, cuyos apuntes biográficos trazamos, quisieramos poder considerar como una verdad inmutable esta hipótesis tan digna de la especie humana.

Son por demás diversas y encontradas las opiniones emitidas en distintas épocas por los escritores que se han ocupado de Anacreonte. Unos le echan en cara sus vicios; otros hablan con respeto de sus costumbres; ya nos le representa su estatua en el estado de un hombre ebrio; ya oímos exclamar con Elien: *En el nombre de Dios, que nadie calumnie al cantor de Teos!* Desde Platon á Voltaire unos le apellidan con Sócrates *el mas sabio de todos los hombres*, otros con Ovidio le llaman *vinosus senex*.

¿Cuál de los dos bandos tienen razon? ¿A quien se debe creer? Grave y digna de crédito es la autoridad de Platon, de Sócrates de Atheno y otros, pero es preciso reconocer y confesar que son sus mismas odas quien acusa á Anacreonte. El poeta no se limitó á cantar en ellas las dulzuras del amor y del vino; celebró con demasiado entusiasmo, con harto fuego, acaso con demasiados detalles, á Smerdias, Megisto, Cleóbulo y Bathilo, para que se pueda dudar sobre sus gustos é inclinaciones.

Discúpanse estas, sin embargo, con las inclinaciones, gustos y costumbres del pueblo y de la época en que vivió, y preciso es convenir en que no sería justo condenar en Anacreonte un vicio que la religion griega mas que tolerar consagraba en cierto modo. Anacreonte como Horacio, como Safo y otros poetas griegos y latinos necesitan ser juzgados, no con arreglo á nuestras ideas, sino con arreglo á las opiniones y creencias de los tiempos en que vivieron. Fundada así la crítica, ya que no de una completa absolucion, los hallará dignos al menos de indulgencia á pesar de sus vicios y errores, y justa y equitativa siempre en la apreciacion de sus obras, si no como preceptos de moral las recomendará sin tregua ni descanso como modelos inapreciables de sencillez, de gracia y de poesia.

VII.

El misterio que rodea la cuna de Anacreonte envuelve tambien su tumba: planeta sin oriente ni ocaso, solo nos es dado admirarle en el esplendor de su carrera. Refieren algunos de sus cronistas que murió ahogado con un grano de uva á los ochenta y cuatro ó ochenta y cinco años de edad. Muerte semejante en el cantor de los placeres producidos por la embriaguez del amor ó del vino, sería como un emblema de sus gustos é inclinaciones.

Eran entonces los pueblos agradecidos á aquellos hombres que enaltecian á la patria que les dió el ser con sus hechos ó con sus obras; su recuerdo era sagrado para sus conciudadanos, guardado con cariño por sus amigos y parientes, cantadas sus alabanzas en las fiestas públicas, adornadas sus ciudades con sus estatuas. Teos, la patria del poeta, honró la parte de gloria que Anacreonte alcanzara para ella, erigiéndole una que fué colocada al lado de las de Xantipo y Pericles. Así aquel ilustrado pueblo pudo durante largo tiempo abrazar de una mirada, hermanados como sus recuerdos, á sus héroes en las armas, en la política y en las letras.

Ha circulado una version entre los comentadores del poeta griego sobre los amores de este y Safo; pero semejante invento es un anacronismo histórico que aunque alhaga la imaginacion nada tiene de verdadero. Sus mantenedores Hermesianax y Camaeleon no tienen ni gozan de autoridad suficiente para sostener un hecho que los mas célebres críticos han considerado de todo punto inverosímil.

VIII.

Si imposible es hacer una biografía detallada de Anacreonte, aun mas imposible es trazar un retrato exacto y parecido. Los monumentos antiguos llegados hasta nuestros dias solo nos dan una idea imperfecta é incompleta de la fisonomia y de los rasgos mas característicos del cantor de Teos. ¿Y acaso no vale mas tambien dejar libre á la imaginacion para que á

su antojo se finja el rostro y figura del poeta? Dominada por la impresion que en ella produce la lectura de sus odas, inventará en su entusiasmo facciones y rasgos acaso opuestos en un todo á los que le dió la naturaleza, pero tambien mas agradables y apropiados á la idea que de él se haya fingido.

Para aquellos sin embargo que desean ante todo la verdad histórica, citaremos algunos de los monumentos ó fuentes históricas en que se ha creído ver un retrato de este poeta célebre.

En la *Descripcion de las medallas de Ursino*, Lefevre habla de una cabeza grabada en una cornalina que supone sería llevada en un anillo por algun admirador de Anacreonte.

En la *Iconografía* de Canini hay una hermosa cabeza del poeta grabada segun una medalla griega, y alrededor de la cual escrita en idioma helénico se lee la palabra Teos.

La biblioteca imperial de París posee una medalla que Visconti en su *Iconografía griega* explica de este modo: «Cabeza de Neptuno de perfil; el delfín y el tridente que hay en el campo de la medalla caracterizan á este dios. Teos era ciudad marítima: la inscripcion del reverso dice: *Bajo el pretor Tiberius Pepon*: véase allí un poeta con larga barba y tocando la lira. Esta imagen, aunque sin inscripcion, es á no dudarlo la del poeta de Teos.»

Pudieramos citar todavía otros muchos monumentos de esta especie, pero remitiremos al que quiera adquirir mas noticias sobre esto á la *Descripcion de las medallas de Teos* publicada segun un manuscrito inédito por Mr. d'Attel de Lutange en su traduccion de las odas de Anacreonte.

IX.

Tiempo es ya de terminar estos apuntes, tal vez mas estensos de lo que al comenzarlos pudimos imaginar.

No nos ha animado al escribirlos el deseo de hacer alarde en ellos de una erudicion enojosa, sino el de dar á conocer en cuanto á nuestro alcance estaba, una de las mas grandes figuras que descuellan en los primeros tiempos de la poesia. No abrigamos tampoco la presuncion de crear nuestro trabajo ni una obra perfecta ni completamente original.

Hemos trazado el bosquejo de un cuadro: mas hábiles manos, una instruccion mas vasta, talento de mas valia, le prestarán vida, colorido y animacion. Contentos de lo hecho terminaremos estos apuntes insertando aquí el epitafio de Anacreonte tal como le hallamos en la Antología de Planude:

*La front parée des fleurs, dans une aimable orgie
apres avoir bien bu, mourut Anacreon:
Passant profite de la vie,
car tu mourras aussi, que tu boives ou non.*

EUGENIO MARTINEZ CUENDE.

UNAS HOJAS MARCHITAS.

INTRODUCCION.

Hallábame dias pasados ocupado en escribir á un amigo, cuando abriéndose la puerta de mi gabinete con inusitado estrépito, se introdujo en él, sin preceder aviso alguno, un jóven comandante cuyo pecho, cubierto de honrosas condecoraciones, manifestaba haber sido de los mas valientes en la terrible lucha sostenida contra los partidarios de la esclavitud y el oscurantismo. Se me acercó silencioso; me abrazó cariñosamente; miróme como sorprendido de que no le conociese, y se puso despues frente á mí con los brazos cruzados, esperando sin duda que yo rompiese el silencio.

Si esta conducta por parte de un sugeto á quien suponía no haber hablado jamás, me sorprendería, déjolo á la consideracion de aquellos de mis lectores que se hayan visto alguna vez en igual caso.

Largo rato le estuve examinando por si podia reconocer en aquellas facciones las de alguno de mis antiguos camaradas; pero inútilmente: el hombre me parecía mas estraño cuanto mas le contemplaba.

—Caballero, no tengo el honor....
—¿De qué? me repuso casi asombrado.
—De saber quien sois.
—¿Es posible!... ¿Con que no me conoces? ¿Te olvidaste totalmente, y en el corto espacio de seis años, de tu inseparable Enrique?

—Enrique!... ¿De veras eres tú Enrique?
—El mismo.
—¿Quién habia de conocerte! exclamé estrechándole en mis brazos. Cuando nos separamos eras un niño aun, pero un niño blanco, encarnado y rollizo como prior de dominicos; travieso, amable y risueño como dondella en deseos de que le hagan el amor. Ahora... ¡te esto mirando y dudo aun si eres tú! Pero ya me hago cargo: la vida que habrás traído... ¡Pobre Enrique!
—Cierra esa carta, me interrumpió, y salgamos á ver nuestros antiguos compañeros. En estando al aire libre hablarás cuanto quieras.

Me puse á concluir la carta, la cerré con prontitud, y al tomar el sombrero para salir observé que mi amigo, puesto á la ventana, sacó del bolsillo una cajita negra con filetes de nácar á manera de un ataud en miniatura, que despues de acerearla con delirio á los labios, la besó con pasion, y satisfecho de que yo no le observaba la guardó cuidadosamente; cogió su chacó, y se disponía á emprender la marcha.

—¿Qué diablos besabas con tanto ahinco? le pregunté no pudiendo resistir la curiosidad.

—¿Cómo! ¿Estabas mirando...?
—Sin duda.
—Nada... unas hojas marchitas.
—¡Bah! ¡bah!... ¡cosas de un militar! Habrán estado en el seno de alguna deidad terrenal, y...
—¡Calla!... me interrumpió con voz de trueno. No profanes este depósito sagrado. ¿Ves estas hojas? Por conservarlas daría toda mi fortuna, y si fuera preciso la existencia: no lo dudes. Mi único placer en el día es besar estos restos de una rosa. Tú no sabes su historia, y yo no tendré valor para contártela; pero toma este manuscrito, y cuando puedas dedica un momento á su lectura: me aprecias demasiado para que te sea indiferente

el conocimiento de una escena en que yo representé uno de los papeles principales. Si su contenido hace que tus ojos se humedezcan por el llanto, llora sin avergonzarte. ¡Tambien yo reparo en decirlo; porque si, como dijo el Sr. Jovellanos, las lágrimas anuncian el sentimiento del corazón, ¡infeliz de aquel que no puede derramarlas! Si hallases en lo que dice algun interés...

—¿Qué?
—Me harás un favor que te apreciaré en el alma.
—¿Y es?
—Escribirme una novela.
—¡Diablo! ¡Una novela! ¿y quién te dijo que sepa escribir novelas?

—Tú escribela, y salga como saliere.
—¿Por supuesto que todo esto será triste?
—Muy triste.
—¿Y habrá amorios de por medio?
—Justamente.
—¿Y un rival atroz?
—Muy atroz.
—Y el desenlace será trágico?
—Muy trágico.
—¿Y te salvarás tú solo de la catástrofe?
—Eso lo verás en el manuscrito; pero te encargo mudes mi nombre, porque no quiero se sepa...
—Bien; vamos á paseo y hablaremos sobre el particular otro dia.

Por la noche leí con gusto el manuscrito de mi buen amigo, y hé aquí, carísimos lectores, su contenido literal. Pero guarden Vds. el secreto, porque se enfadaría mi comandante si supiese que yo divulgaba sus aventuras.

Respecto á complacer á mi camarada escribiendo una novela, no me considero con fuerzas bastantes para tamaña empresa.

APUNTES PARA UNA NOVELA.

I.

LA PLAYA.

Era una mañana de agosto de 1834. El sol había emprendido su diurna expedicion; el cielo aparecía diáfano y enteramente sereno, sin que la mas ligera nubecilla se notase en todo el ámbito que el horizonte circundaba, y yo para disfrutar mejor de la frescura, buscada con tanto anhelo en la estación ardorosa, dejé temprano mi habitacion y dirigí mis pasos á la playa.

Sentado sobre una peña, observaba con fervor religioso los bellos encantos de la naturaleza. Las olas se sucedían suave y alternativamente impelidas por un ligero Nordeste; algunos buques llevando las anclas y desplegando la mayor parte de sus velas, hendían majestuosamente el líquido inmenso; escuchábase á lo lejos el monótono y acompasado canto de los marineros ocupados en la maniobra, y los peces saltando con increíble ligereza saludaban al astro del día que reflejaba sus rayos vivificantes en aquel terso y prolongado espejo.

Todo allí era sublime; todo inspiraba placer y alegría: sin embargo, yo estaba triste, pensativo y melancólico, sin tener verdaderamente una causa conocida, porque era entonces feliz, sí... enteramente feliz. El corazón suele presagiar algunas veces nuestra suerte futura, y aunque este aserto parezca una preocupación, no puedo menos de creerlo así: hélo visto y palpado por mi mal.

Buscando estaba en lo mas recóndito del alma la causa de mi tristeza, sin poder hallar motivo alguno que la justificase, cuando observé cerca del punto en que me hallaba sentado una jóven hermosa que apresurada y pidiendo favor corria de peña en peña cual si su juicio estuviese trastornado. Traía sus blondos y largos cabellos sueltos y desordenados por la espalda; los ojos encendidos y llenos de lágrimas; el semblante pálido y descajado; el pecho desnudo; húmedos sus vestidos, y los pies descalzos y ensangrentados.

Corrí presuroso hácia ella, y al verme, cubrió su nevado cuello con ambas manos y retrocedió espantada.

—Tomad mi pañuelo, la dije al notar su sobresalto; cubrios y no temais: ¿puedo por ventura seros útil?

—¡Ah!... socorredme... socorredme por piedad, exclamó algo mas tranquila entre ininidad de sollozos. Un hombre me sigue... ¡infame!... estaba sola en el baño... ¿No visteis llegar un esquife?... Pues él era... él era. No me abandoneis un momento... pudiera volver, y ¡entonces!...

Al decir esto apretaba mi mano con fuerza desproporcionada á su sexo; me miraba con frenesí delirante, y su cuerpo temblaba como la débil caña en la fuerza de una tempestad. Jamás mujer alguna me pareció tan bella y encantadora. ¡Interesa tanto la desgracia! ¡Hay tanta sublimidad en una mujer que llora!

—Serenaos, hermosa, la repliqué, serenaos que mi vida es toda vuestra. Nadie se atreverá á tocaros, y si alguno lo intentase, mi espada hará su deber mientras yo respire. Sentaos con quietud; os es preciso descansar; desterrad todo temor, y entregaos únicamente á la gratísima idea de haberos salvado.

Al ruido de unos remos, *halados* con demasiada violencia, miramos al mar involuntariamente: era un chinchorro que se alejaba de la playa con increíble ligereza.

—¡El es!... él es... exclamó sobrecogida de terror! ¡él es!... y sus brazos ciñeron maquinalmente mi cintura. ¡El es! prosiguió cada vez mas conmovida; no me desamparéis por el cielo. ¡Oh... le tengo tanto miedo!...

Inútil fué el interes con que examiné al único personaje que aquella barca conducía: un ancho sombrero velaba la mayor parte de su rostro, y nada pude percibir de sus facciones.

Despues que hubo descansado la hermosa un corto momento, y luego que su semblante adquirió una espresion mas tranquila, la conduje al sitio en que había dejado sus vestidos. Llegó á poco rato la doncella, que se había separado de su señorita momentos antes de la llegada del raptor, y despues de algunas reconveniones por una parte, y de sorpresa por otra, dejé se vistiera tranquilamente, mientras yo, distraído en recoger algunas conchas, pensaba en la casual aventura que tanto afectaba mi alma.

Apenas había pasado un cuarto de hora, cuando salió con

un gracioso traje de mañana; hermosa sí, pero con menos atractivo para mí que cuando cubría su cuerpo aquel húmedo vestido. Se cogió á mi brazo para no deslizarse en las peñas; y emprendimos, aunque con lentitud, el camino de su casa, que me pareció cortísimo.

Cuanto mas observaba su semblante angelical, mayor inquietud experimentaba mi alma. ¡Era tan hermosa!...

Llegamos al término de nuestro viaje con harto pesar mio. Nunca brazo de mujer alguna, por encantadora que fuese, me habia causado semejantes emociones. Me suplicó la visitase á menudo. Ella no sabia lo que pasaba por mí despues de nuestro encuentro, ni cuán poco era preciso para que me aprovechara de su generosa oferta.

Al dia siguiente fui á su casa, llevado mas bien por el amor que por la galantería, y tuve el placer de verla y admirar á mi sabor sus encantos. ¡Cada vez me parecia mas encantadora! Mi pasión crecia prodigiosamente, y ella, quizá sin saberlo, daba pábulo á lo que llamaba entonces amistad. ¡Amistad entre un jóven de 21 años y una mujer celestial que se ven á todas horas!... imposible. Lo que yo sentia hacia ella era una idolatría sin límites; solo á su lado hallaba mi corazón sosiego; al entrar en su casa palpitaba agobiado de temor y esperanza, y si por desgracia habia salido, solo su vuelta era capaz de consolarme. Jamás sin embargo pude decirle ¡te amo! Me inspiraba su vista un respeto tan inconcebible, que jamás osaron mis manos tocar ligeramente aquellos vestidos cuyo roce me electraba.

Mi amor era puro y santo como el que los ángeles profesan al Criador. Me trataba con la mayor amabilidad, y satisfacía con esto todos mis deseos: á nadie dedicaba su cariño, y era bastante á tranquilizar mi espíritu: me llamaba su libertador, su amigo; mi ausencia la causaba inquietud, á no engañarme el deseo, y esto aumentaba mi frenesí y alimentaba una esperanza que no debió haber abrigado mi alma. Sin embargo, cuando me detenía á considerar el porvenir se apoderaba de mi corazón la tristeza, y presagios funestos se agolpaban sin orden en mi acalorada fantasía. Ella pertenecía á una familia opulenta; era por demás hermosa, y yo... ¡un triste oficial sin títulos ni gloria que ofrecer entonces á sus plantas!

Todas estas consideraciones desaparecian sin embargo ante una de aquellas miradas fascinadoras en que sus ojos se encontraban con los míos. Entonces... solo me ocupaban sus hechizos y el recuerdo de nuestra vista por primera vez en la playa.

II.

EL JARDIN.

Bello es sin duda en una mañana de mayo, cuando el astro vivificador empieza á disipar las nieblas de la alborada, hallarse en un jardín ameno; respirar el aire embalsamado por las flores; escuchar el dulce canto de los colorines, y mirar cómo las volubles y pintadas mariposas revolotean de flor en flor! ¡Bello es sin duda! y mucho mas si una hermosa, cubierta de blanco vestido, riega por su mano las rosas que adornan y embalsaman el vergel! Pero si la jardinera es el ángel de nuestras delicias ¡oh! entonces... es la ilusión mas encantadora que puede formarse el poeta en los mas fogosos momentos de amorosa inspiración.

Nueve meses habian pasado ya sin dejar de admirar un solo dia las gracias de mi adorada Laura (este era su nombre): nueve meses, sí; y nueve meses de placeres é ilusiones gratas. Mi amor habia llegado tan á su apogeo, que por un beso de aquellos labios que miré páidos y temblorosos en la primera entrevista, hubiera dado mi existencia.

Una mañana de primavera, seria poco mas de las cinco, salí con objeto de dar un paseo por la fresca, sin saber á qué punto dirigir mis pasos. Distruido marchaba pensando únicamente en mi situación amorosa, cuando á poco rato me hallé, sin saber cómo, junto al jardín de mi querida, y la divisé á lo lejos ocupada en llenar de flores un canastillo que pendía de su hermoso brazo. Imposible me fué resistir al deseo de verla más de cerca en tan agradable ocupación.

Me dirigí á su casa, á pesar de que la hora no era ciertamente muy á propósito; pero sabido es, y por sabido olvidado, que la ignorancia y el amor engendran la intrepidez y hasta la osadía. Un criado me condujo al jardín; entré sin ser visto por ella; y aprovechándome de su distracción, pude observar muy de cerca todas sus bellezas.

Vestia un elegante traje blanco que la comunicaba una gracia irresistible; sujetaba su talle airoso y flexible un negro y brillante cinturón de raso, cuyos extremos se prolongaban hasta el suelo balagando á cada movimiento las plantas; su cuello se hallaba velado por una gasa trasparente de color del firmamento en un dia sereno; los luengos rizos de su blonda cabellera ondeaban sobre la espalda, besándola ligeramente á beneficio de la brisa, y sus ojos, radiantes de hermosura, prestaban á su semblante un mágico atractivo incapaz de describir.

Seguramente no os esperaba á estas horas, me dijo sonriendo así que noté mi presencia. ¡Muy temprano abandonásteis vuestra casa!... y luego, llegar tan pasito... ¡Oh! si algun dia se instalase por desgracia en España el tribunal del Santo Oficio, debéis pretender una de sus plazas, porque seríais con el tiempo un inquisidor excelente, sobre todo en el ramo de sorpresas.

Favor que quereis dispensarme, la repliqué en el mismo tono. Os vi desde afuera y no pude resistir al deseo de admirar en vuestra compañía los hermosos y variados matices de aquellas flores que cuidais con tanto esmero. Además... la jardinera es tan amable que no temí llevarse á mal mi atrevimiento. Si mi presencia os es molesta, marcharé.

No por cierto. Ni vos lo deseais al parecer, toda vez que estais aquí, ni yo lo exijo tampoco. Cuando aparecísteis á mi lado estaba pensando en vos.

¿En mí?

Seguramente. Necesito consultaros en un negocio de la mayor importancia; y puesto que la ocasion se presenta sin buscarla, aprovechemos este favorable momento. Allí tenemos un asiento, en el cual, á beneficio del ramaje, podremos estar cuanto gustemos seguros de no ser observados.

Mi mayor placer es escucharos, la contesté cogiendo entre la infinidad de flores que hallí habia la que me pareció mas hermosa; pero antes quisiera que aceptáseis esta rosa y adornáseis con ella vuestro peinado. ¡Qué linda es!

—Verdaderamente, habeis elegido bien, me repuso al tomarla: no puede darse en una flor mayor lozania. Abrió su cáliz á la fresca brisa de la mañana, prosiguió con acento melancólico contemplándola y dirigiéndose al punto en que debiamos sentarnos; pero cuando el sol habia llegado á la mitad de su carrera se verá marchita, y sus hojas se desprenderán una á una como las ilusiones de la juventud. ¡Verdadero retrato de nuestra hermosura!... Nacemos, tenemos un momento de brillo y esplendor, y el fuego inextinguible de las pasiones nos consume y marchita, sin que esfuerzo alguno pueda contener sus progresos. La colocaré donde mandais, y así llegará primero su última hora; sentaos... ¿No recordais que algunas veces os hablé de un sugeto que suele venir á mi casa con harta frecuencia de dos meses á esta parte?



Traia sus blondos y largos cabellos sueltos y desordenados.

—Si por cierto; pero... ¿qué tenéis? Hace un momento ni vuestro semblante estaba páido, ni húmedos y tristes vuestros ojos.

—Así es la verdad.

—¿Y entonces?...

—El recuerdo de este hombre me causa terror y conmueve todo mi cuerpo.

—¿Me atreveré á preguntaros la causa?

—Yo misma la ignoro.

—Es muy singular!

—Apenas le conozco, y sin embargo... su vista me espanta sin poderlo remediar.

—¿Y le admitís en vuestra casa?

—Mi madre lo quiere así.

—Segun eso ¿tampoco sabreis cuál pueda ser el objeto de sus continuas visitas?

—Ojalá no lo supiese.

—Explicaos. Sabéis que soy vuestro amigo, y que podeis contar hasta con mi vida, si mi vida os fuere precisa.

—Nada os ocultaré. Hace dos dias me llamó mi madre á su gabinete; y despues de un largo preámbulo en que pintó con vivisimos colores los riesgos que las jóvenes corremos en un tiempo, segun ella, de corrupción y maldades, y la necesidad de tomar estado como único preservativo contra tales peligros, concluyó por decirme que el sugeto de quien acabo de hablaros me adora entrañablemente y desea hacerme su esposa. Al oír tan inesperada revelación se heló totalmente mi sangre, y hubiera caido seguramente sin el auxilio de una mesa que sirvió de apoyo á mi cuerpo desfallecido.



—¡Tente! me dijo; no manches tus manos con su sangre.

Nada pude contestarle en unos minutos, porque mi razon se hallaba casi turbada. Una pregunta suya vino á terminar mi letargo y hacerme conocer lo terrible de mi situación: exhale un profundo suspiro, y el llanto bañó involuntariamente mis mejillas. La dije con amabilidad y ternura cuán poco prudente me parecia entregar mi mano á un hombre extraño que miraba con algun tedio sin poderlo remediar, y la supliqué por el amor que me tenia, no me obligase á contraer un enlace capaz de hacerme infeliz.

En lugar de compadecer mi estado de agitación y desconuelo, se rió de mi súplica, diciendo entre burlesca y enojada: —Calla, tontuela, mejor sé yo que tú lo que te conviene; él hace demás en ofrecer su nombre é inmensa fortuna á una

mentecata que solo mereca desprecio. ¡Friolera! ¡Cuántas abrazarian gustosas un partido tan ventajoso! Es un caballero de juicio y cualidades excelentes; y aunque no muy jóven, es único que puede labrar tu dicha.

—Pero señora, la repuse llorando, ¿sabéis si él?... —Todo lo sé, me repicó furiosa dejando el asiento y dirigiéndose á mi como aire amenazador; todo lo sé respecto á él; y respecto á tí, mas de lo que saber quisiera. ¿Estás? Tres dias te concedo para resolver: ó con él, ó con Dios; no hay otro recurso. —Iba á suplicarla segunda vez, cuando llevando un dedo á los labios: —Silencio, me dijo, dentro de tres dias te escucharé.

Aquí tenéis, amigo mio, la situación en que desgraciadamente me hallo.

—¡Es una maldad! ¡una infamia! ¡una completa tiranía! la dije fuera de mí de cólera y celos. ¡Obligaros así á contraer enlace con un hombre que solo supó inspiraros horror!... Y bien, ¿qué pensais hacer?

—No lo sé. ¡Desde entonces no he cesado de llorar! Ni mis ojos se cerraron á beneficio del sueño. Una lucha interior atormenta: el amor que tengo á la autora de mis dias me manda que obedezca y calle; mientras el corazón, que jamás me ha sido infiel, presagia un resultado funesto. En tan cruel incertidumbre, solo he pensado en consultaros.

—En verdad, en verdad, la dije suspirando al ver lo violento de mi situación, que no sé lo que debo aconsejaros. Mis palabras pudieran pareceros quizá algun tanto parciales, y entonces las escucharíais, y solo en escucharlas quedara. Sin embargo, deber mio es obedeceros; hé aqui mi parecer: los padres no tienen derecho alguno para sacrificar la felicidad de sus hijos por mero capricho ó movidos del interés infame. Aconsejarles deben su bien, porque pueden conocerle mejor; pero jamás, jamás violentar sus afecciones; de otro modo fueran tan solo unos tiranos, indignos del dulce nombre que llevan y de la sagrada mision que los cielos les confían.

—Pero debemos obedecer y respetar sus mandatos.

—Es una regla que no carece de escepciones.

—¿Y su maldición?... ¡Oh! ¡la maldición de los padres es tremenda! La vida antes que...

—¡Cómo! la interrumpí fuera de mí; la vida no es vuestra. El cielo os la otorgó para que la conserveis á toda costa; y el menor atentado contra ella ó contra vuestro bienestar, sería mucho mas criminal que la falta mayor de obediencia y respeto. Vuestra madre no podrá volveros la felicidad despues que la hayais perdido.

—¡Pero la amo tanto!... me contestó enjugando el llanto que bañaba sus mejillas.

—Es decir que preferís á vuestra dicha su cariño. En tal caso inútiles y por demás son mis consejos. Obedecedla, ca-saos, y...

—¿Casarme! unir mi suerte á la suya sabiendo que voy á ser infeliz!... ¡Tornarme en propio verdugo!... ¡Oh! ¡Esto es horroroso! ¡no puedo resistir á tal idea!

—Y entonces ¿qué quereis? Deseais obedecer á vuestra madre; os repugna la union propuesta cuando debierais resolveros por uno ú otro partido; me pedís consejos, cuando al parecer no estais dispuesta á seguirlos... Decidme, ¿tanto le aborreceis?

—Sí, sí; todas sus palabras, todas sus acciones, hasta sus miradas me martirizan. Al verle acercarse tiemblo cual si me viera al borde de un precipicio, y si se pone á mi lado no puedo menos de huir! Es imposible que pueda amarle jamás.

—Siendo así, cometéis un suicidio en unir á la suya vuestra suerte.

—Pero ¡mi madre!... ¡mi madre que lo manda!...

—Segun eso debéis casaros al instante.

—¡Ah! ¡os burlais de mí!... ¡ya mi suerte no os interesa!...

—¡Me burlo de vos!... ¡Laura! ¡Laura! si me fuera posible rasgar mi pecho y deciros ¡deed! no seríais tan ligera en juzgarme. Yo tengo una vida que alguna vez he de perder; una vida absolutamente mia, y por cuya conservación nadie en el mundo se interesa: si ella basta á sacaros de vuestra duda, hablad; á ningún objeto puedo sacrificarla mas gustoso.

—Bien sé que sois el único amigo de la pobre Laura... El tiempo urge y es preciso separarnos; pero antes decidme, decidme lo que debo hacer en tal conflicto.

—Pensado bien, y no labreis quizá vuestro infortunio por dejar de pronunciar un no, cuando el corazón os lo indica: mi parecer es este.

—Desconfío de mis fuerzas. Si no temiera ofender al Altísimo, buscara el alivio de mis penas bajo las bóvedas de un lúgubre monasterio... ¡pero mi alma!... Separémonos, amigo mio, separémonos.

Al pronunciar esta palabra se alejaba ya de mí con la ligereza de un gamo. La seguí presuroso, casi no sé con qué objeto; pero fué inútil mi anhelo, cuando llegué á la puerta de su casa, habia desaparecido totalmente.

Abandoné aquel lugar, adonde poco antes llegara contento, lleno de desesperación; ninguna esperanza me quedaba ya. La ausencia era el único medio, á mi parecer, capaz de hacerme olvidar mi pena, y solo he pensado en partir y dejar para siempre aquel pueblo, teatro de mis primeras ilusiones.

Hice mal: mi presencia la hubiera quizás salvado, pero lo reconozco esto tarde por mi desgracia.

III.

LA DESPEDIDA.

—¿Con que por fin estais determinado á partir, á separaros de vuestros amigos, y á no volver á ver quizá la mujer que os debe el honor y la vida?... Hacedlo en buen hora. ¡Ojalá seais mas feliz que yo! ¡Ojalá que en el horror de los combates se detengan las balas que os vayan dirigidas y respeten vuestra vida y vuestra virtud!... Mil laureles de gloria orden vuestra frente, y un ángel digno de vos llegue á proporcionaros felices dias de amor y ventura. Tomad; colocad en vuestro dedo este anillo, recuerdo de agradecimiento y amistad... En medio de vuestros placeres, acordáos alguna vez de la infeliz que salvásteis en la playa... En mis oraciones al Ser Supremo rogaré por vos.

Así me decia una tarde, en aquellas horas misteriosas en que las fúnebres sombras de la noche se aglomeran sobre el horizonte luchando con los últimos rayos del sol, é imprimiendo

(La continuación en la página 478.)

ROMANCE

(INEDITO)

DE LA ZARZUELA TITULADA GALANTEOS EN VENECIA,

MUSICA DE F. A. BARBIERI.

LAURA.....

ANDANTINO.

1.^a—La muer-te an-he — las dul-ce bien mi — o, cuan-do i — no —
 2.^a—Tú que la au-ro — ra de nues-tra vi — da con — mi — go

— cen — te llo-ro por tí, llo-ro por tí. Ay! no a-ban — do — nes che á es-ta in-fe —
 vis — te bri-llar fe - liz, bri-llar fe - liz. Ay! en la no — che de mis pe —

— liz, no, y si ya le — jos le-jos de tí, ah!
 sa — res por qué me de — jas pe-nan-do a — sí, ah!

Cres.

en-tre las cor-rien-tes on - das de qui - la vo es mar, mis a - man - tes lá - gri-mas
 don-de á mis a - mo-res tan es - de qui - la vo es mar, mis a - man - tes lá - gri-mas
 don-de mis sus - pi - ros

pp.

en te tu bus - ca i-rán. Man-sas le - ves on - das de - cid, de-cid don-de es-tá?
 te po - drán ha - llar? Bien del al - ma mi - a di - me don - dees-tás?

pp.

man-sas le - ves on - das ah! de - cid don-de es- tá?
 bien del al - ma mi - a

D. C.—Desde
 á con la 2.^a letra
 y sigue aquí.

bien del al-ma mi-a di-me don-de es-tás? ah! di - me don - de es-tás?

FIN.



en el alma del triste el temor y la duda. En aquellas horas en que remontándose la fantasía á un mundo mejor, quiere penetrar los arcanos de la eternidad, leer su destino é igualarse por un momento al supremo Dios.

Estaba sentada á mi lado, los ojos fijos en el suelo, doblando y desdoblado su pañuelo con distracción. Yo la escuchaba con recogimiento y placer; tomé su anillo, lo llevé á los labios con frenesí y lo coloqué en el dedo para no separarlo jamás. Sofoqué mis suspiros; la miré con ardor; mis labios se abrieron mil veces para decirle ¡te amo! y otras mil se cerraron sin haber pronunciado una sola sílaba. ¡He sido un cobarde!

Después de un momento de agitación, pude contener mi pena, reprimir mis sollozos, y decirle con voz insegura: —Si, mañana pienso dejar este suelo; abandonarlo todo... todo. La patria me llama en defensa de su libertad, y es preciso responder á su voz, siempre mágica para el hombre libre. Además, el corazón me dice que salga de aquí, y estoy dispuesto á obedecerle sin demora.

—Mañana!... —Si, mañana. Cada momento se hace mas urgente mi partida.

—¿Por qué? —Algun día llegareis quizá á saberlo... hoy debo callar, hacer traición á la amistad, y decirlos solamente adios. No temais que se borre jamás de mi mente la ribera en donde por primera vez nos hemos visto... Este recuerdo que acabais de poner en mis manos, y que conservaré mientras viva, es harto grato para mí... Os deseo mil venturas; que vuestro esposo sea capaz de haceros feliz; que unos hijos, tan bellos y virtuosos como vos, hagan vuestra existencia grata... y... nada mas.

—¿Con que nada mas deseais! —Os suplicaria que dedicaisis algun instante á mi memoria; pero... —Me suponéis ingrata... ¿no es verdad?

—No, á fe mia. —Y entonces, ¿por qué? —Porque muy en breve tendreis un esposo... —Callad, callad, no me recordéis lo que en este momento olvidara.

—¿Llorais! —No. La mujer ingrata nunca llora.

—¿Pudo quizás ofenderos una palabra indiscreta en que no tuvo el corazón parte alguna? Si así fuere, perdonad: estoy segurísimo de vuestro agradecimiento.

—Dejemos esto. Afinad mi guitarra, y cantemos: mi alma necesita desahogarse... Estos momentos son de algun tiempo á esta parte los mas felices de mi vida; mas... ¡luego se acabarán!

Mañana, cuando el último crepúsculo haya desaparecido, tomare con avidez este instrumento; alargaré mi mano, y en viendo la recogeré... ¡Me hallaré sola, sola!... y sin tener á mi lado persona alguna que por mi bien se interese. ¡Qué tristura infundirán estas horas en mi corazón! ¡Qué de recuerdos agradables me presentará la fantasía! ¡Estas horas!... ¿No es verdad que estas horas son las mas inefables del día para las almas sensibles?

Así me decía, y sus ojos se fijaban en mí con entusiasmo, y quizá con placer; sus mejillas se cubrían de pudor; una lágrima se desprendía de sus pupilas... Se sonreía; me miraba: ¡pero aquella mirada no era una mirada de amor!... ¡no!... La mirada de amor quema como la lava de un vulcan; el ojo cuando la dirige está enjuto; la vista fija y penetrante, solo busca la pupila del ojo que adora; en hallándola, se para como quien nada mas desea; la mira con languida tristeza, y en viendo que su mudo lenguaje es comprendido, se aparta satisfecha con una dulce sonrisa, y se fija en el suelo como si estuviera cansada: el corazón late con celeridad; el pecho, antes oprimido, respira con violencia, exhalando profundos suspiros y á veces se llora sin poderlo remediar.

La suya no era así... no; era una mirada tierna, cariñosa, y llena, si se quiere, de fuego y espresiones... pero una mirada tan solo de gratitud y amistad. ¡Yo la quería con delirio!

—Cantemos, me decía, cantemos; deseo oír por última vez vuestra voz. Cantemos *El triste*; ¿qué cosa puede haber mas grata para quien padece, que espresar de algun modo su dolor? Mañana marchareis; nuevos plares os harán olvidar sus trovanzas, y si alguna vez volveis á poner aquí las plantas, hallareis esta guitarra cubierta de polvo; sus cuerdas hechas pedazos, y á mí... ¡sabe Dios cómo me hallareis! ¡Ah! cantemos... ¡Para qué turbar estos últimos momentos con funestos presagios de dolor?

Y sus blancos y torneados dedos herian las cuerdas con increíble ligereza, acompañando mi voz insegura que cantaba *El triste*. Esta letra habia sido escrita por mí despues de nuestra entrevista en el jardín, y era desde entonces su canción favorita. El amor y los celos me la inspiraron en un momento de delirio, y espresaba por lo mismo el estado de mi alma. Mi declaración de amor se encerraba en sus versos, y era su misión hacérselo conocer á la mujer encantadora por quien mi corazón palpitaba. Hé aquí su contenido:

EL TRISTE.

Escucha al que triste,
De hinojos postrado,
Dirte inspirado,
Su cruel torcedor.

Y acaso oyendo
Sus tiernos cantares,
La pena reparas,
Del fiel amador.

¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

Mis ojos te vieron
Y halláronla bella
Cual fúlgida estrella
De candor albor.

Y en pos de tus gracias
Mi huela lanzóse,
Y el alma sintióse
Repleta de ardor.

¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

—¿Por qué os deteneis? me dijo al ver que no siéndome posible contener los suspiros, habia dejado de cantar. ¿Por qué os deteneis, cuando mil y mil veces os he visto incansable repetir sus estrofas?

—Se me oprime demasiado el corazón. ¡Arrancásteis á ese instrumento unos sonidos tan lúgubres!... ¡Disteis á vuestro acento una vibración tan penetrante!...

—La culpa no es mia. Si estampásteis en sus trovanzas el sello de la tristura y de la desesperación; si se hallan además en una completa armonía con el estado de mi alma, ¿cómo es posible que yo las desfigure dándolas una espresion que vos las habeis negado?

—Dejémoslo, pues. —¿Y por qué? —Porque no puedo cantar mas. —¿Ya no queréis complacerme!... —¿Cuándo os aseguro que me desgarrará el corazón!... —¿Algun recuerdo quizá?... —Sí; un recuerdo; pero recuerdo aciago y funesto que mas valiera olvidar: ¡un recuerdo!...

—¿De alguna mujer á quien amásteis? —Y á quien amo con toda la efusion de mi alma. —¿Y ella? —¡Ella!... —¿Callais? ¿No puedo yo saber vuestras cuitas? —¿Deseais saberlo? —Todo. —Pues bien: ella no me ama. —¿Se lo habeis preguntado? —Jamás.

—En ese caso, infundado me parece vuestro juicio. —¿Infundado! —Seguramente. ¿Queréis por ventura que faltando á los deberes impuestos por la sociedad os llame para decirnos *de amo*?

—No; pero es un sol harto brillante para que tenga yo valor de subir hasta ella mis miradas. —¿Quiere decir que sufrís por cobardía. —Vale mas á veces la duda que un funesto desengaño. ¡Es tan cruel perder enteramente la esperanza!

—¿Puedo saber el nombre de la mujer que llegó á inspiraros un amor tan extraño? —Esa mujer... —¿Quién es? —Esa mujer... —¿Mi madre!

—¿Vuestra madre! ¿Me juzgais capaz?... —Silencio; el amor ofusca nuestros sentidos! ¿No estais oyendo sus pasos? —Efectivamente, en aquel momento llegaba. Si mi destino infausto la hubiera detenido un instante mas, ¡qué de tormentos no le hubiera evitado á mi alma!

IV.

Tú fueras mi dicha,
Mi bien, mi consuelo;
Mas plúgote al cielo
Sin ver mi dolor,
Que infausta muralla,
Quizá inasequible,
Fuesta y terrible
Te cerque en redor.
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

Quizá mientras lloro
La calma perdida,
Y acerba mi vida
Cruel sinsabor,
Veráse otro amante
Sentado á tu lado,
Feliz y embriagado
De ledo sopor.
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

¡Cuál fuera mi dicha
Si al fin me adorases,
Y tierna llamasen
Tu bien, tu señor;
Mi pálida frente
De besos colmando,
Mi pecho llenando
De grato dulzor!
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

Mas ¡ay! ¡Infeliz!
Suspiro á tu puerta,
El alma cubierta
De fiero tristor;
Y en vano te digo
Mi acedo quebranto:
No aplaca mi llanto
Del hado el rigor.
¡Ay triste del triste
Que muere de amor!

—¿Por qué os deteneis? me dijo al ver que no siéndome posible contener los suspiros, habia dejado de cantar. ¿Por qué os deteneis, cuando mil y mil veces os he visto incansable repetir sus estrofas?

—Se me oprime demasiado el corazón. ¡Arrancásteis á ese instrumento unos sonidos tan lúgubres!... ¡Disteis á vuestro acento una vibración tan penetrante!...

—La culpa no es mia. Si estampásteis en sus trovanzas el sello de la tristura y de la desesperación; si se hallan además en una completa armonía con el estado de mi alma, ¿cómo es posible que yo las desfigure dándolas una espresion que vos las habeis negado?

—Dejémoslo, pues. —¿Y por qué? —Porque no puedo cantar mas. —¿Ya no queréis complacerme!... —¿Cuándo os aseguro que me desgarrará el corazón!... —¿Algun recuerdo quizá?... —Sí; un recuerdo; pero recuerdo aciago y funesto que mas valiera olvidar: ¡un recuerdo!...

—¿De alguna mujer á quien amásteis? —Y á quien amo con toda la efusion de mi alma. —¿Y ella? —¡Ella!... —¿Callais? ¿No puedo yo saber vuestras cuitas? —¿Deseais saberlo? —Todo. —Pues bien: ella no me ama. —¿Se lo habeis preguntado? —Jamás.

—En ese caso, infundado me parece vuestro juicio. —¿Infundado! —Seguramente. ¿Queréis por ventura que faltando á los deberes impuestos por la sociedad os llame para decirnos *de amo*?

—No; pero es un sol harto brillante para que tenga yo valor de subir hasta ella mis miradas. —¿Quiere decir que sufrís por cobardía. —Vale mas á veces la duda que un funesto desengaño. ¡Es tan cruel perder enteramente la esperanza!

—¿Puedo saber el nombre de la mujer que llegó á inspiraros un amor tan extraño? —Esa mujer... —¿Quién es? —Esa mujer... —¿Mi madre!

—¿Vuestra madre! ¿Me juzgais capaz?... —Silencio; el amor ofusca nuestros sentidos! ¿No estais oyendo sus pasos? —Efectivamente, en aquel momento llegaba. Si mi destino infausto la hubiera detenido un instante mas, ¡qué de tormentos no le hubiera evitado á mi alma!

LA AUSENCIA.

No es ciertamente la ausencia el mejor antídoto contra el amor, cuando es puro y sublime, y cuando solo el espíritu participa de sus dulces emociones. Curará quizás fácilmente aquellos amores de mera ilusión, que ceden ó toman nueva forma á la vista de una mujer cualquiera que escita nuestra sensualidad; pero el verdadero amor, del alma virgen y sensible rara vez termina sino en la tumba. Amar con toda la fuerza del corazón; alejarse del objeto que se adora creyendo olvidarlo así; suponer que la gloria, esta pasión propia tan solo de las almas grandes, le hará desaparecer, ó que la vista de nuevas bellezas será capaz de borrar nuestras primeras impresiones, es delirar tan solo; es ignorar la fuerza de un afecto que se graba en nuestras almas con profundos é indelebles caracteres.

¡El amor!... ¡Palabra mágica, desconocida de unos, despreciada de otros, y profanada por los mas! ¡El amor!... Este don precioso que los cielos nos legaron para nuestra dicha, jamás, no y sensible en toda su estension.

Loco é inesperto en medio de mis juveniles fantasías, habia formado tambien la dulce ilusión de hallar en la ausencia el solaz y la calma que una mujer me arrebatara. Me decidí á marchar; marché efectivamente, y tan orgulloso como hacerlo pudiera un general vencedor al poner el pié sobre las murallas de una plaza conquistada. ¡Cuán lejos estaba de prever los efectos de semejante determinación! ¡La ausencia!... ¡Qué adelanto yo con huir? Aumentar mas y mas el fuego que devoraba mi alma, y no disfrutar desde aquel día un solo momento de placer.

A medida que me alejaba del bien adorado mi angustia crecia, mi desesperación llegaba á su colmo; y tornando la vista hácia el punto de mi partida: ¡Adios! exclamaba transido de dolor. ¡Adios, momentos felices de mi vida; mi alma no sentirá jamás vuestro influjo! ¡mis ojos no podrán admirarte, mujer adorada!... ¡no podré de hoy mas escuchar tus acentos dulces y armoniosos!... De tanta dicha, solo veré en torno mi llanto y soledad! A estas horas, las mas misteriosas del día, debiera estar á tu lado, cantar contigo y embelesarme en tu contemplación: ¡ninguno de estos placeres disfruto ya! Pero yo lo quise... me separé de tí... mis quejas son injustas y no merezco compasion.

Fueron trascurriendo los dias, no veloces y agradables como los que pasaba al lado de Laura, sino crueles é interminables como los de un prisionero que se halla sin esperanza de recobrar la libertad. Las demás mujeres me causaban tedio, y huida de su trato cual huyen las tiernas palomas á la vista de un gavilán.

La vida militar, activa y agradable para un joven ganoso de renombre, no ha sido bastante para hacérmela olvidar un momento: en el campo, en la parada, en la guardia, mi único pensamiento era ella. Ningun atractivo tenian para mi cuantos objetos me rodeaban. La soledad era mi encanto, y á todas horas la buscaba con avidez: libre allí de importunos, me dedicaba enteramente á repasar en la memoria los instantes felices que á su lado habia pasado. ¡Cuántas veces estraviada mi razón con tales recuerdos, la miré sentada graciosamente en el césped; escuché su acento angelical y armonioso; la dirigí la palabra cual si pudiera contestarme, y hasta tendí los brazos delirante para estrecharla contra mi corazón angustioso!

En la fuerza de un combate volaba desesperado adonde la muerte me parecia mas probable, porque solo deseaba morir. Nada se oponia á mi brazo, y mil glorias adquirí que de otro modo no hubiera jamás merecido. Pero estas glorias me parecian tambien odiosas, porque haciéndome quizá mas digno del ángel encantador de mis delicias, me recordaban el placer que experimentaría mi alma si pudiera ofrecerlas á sus plantas y decirle: atoma, toma esta condecoración honrosa y colócala sobre mi pecho; orla mi frente con esta corona que acabo de conquistar por tí y tan solo para tí.

Tres meses habian pasado desde mi separación funesta, sin que hubiese tenido el consuelo de recibir noticias suyas. La dirigí dos cartas desde diferentes puntos, suplicándola pusiese al menos en mi noticia el estado de su salud; pero en vano: ninguna contestación he recibido, cuando hubiera dado gustoso la vida por una letra suya.

Una noche que estaba en mi alojamiento, solo y triste como de costumbre, me entregaron una carta; conocí su letra, abrió con mano temblorosa, despues de haberla cubierto de ardientes besos, y leí con avidez estas palabras:

«Mi amigo y libertador: No extrañeis haya dejado de contestar á vuestras cartas, porque ni puedo, como sabeis, ni debo hacerlo: os conozco, y estoy segura, que si bien lo deseabais, no esperabais contestación. Inútil es manifestaros el placer que tuve al saber de vos.

«Jamás me fueron mas necesarios vuestros consejos... mi sacrificio es próximo, y me considero sin fuerzas para oponerme á él. Si podeis venir, hacedlo en obsequio de una infeliz que no tiene mas apoyo que vos en el mundo... quizá llegueis á tiempo... vuestra presencia será capaz de hacerme volver en mí. Así lo espera de vos vuestra agradecida—Laura.»

¡Me ama! dije fuera de mí al concluir su lectura; ¡me ama! ¡Solo el amor pudo haber dictado estas frases! Es preciso que la vea; que impida se realice esa union bárbara que acabará en un momento con su preciosa existencia; la haré conocer esta pasión frenética que por ella me devora... y dias felices de amor y ventura harán desaparecer muy en breve todas vuestras penas. Si vuestra union hallase alguna resistencia; si el vil interés se opusiese á nuestra dicha, ancho y espacioso es el mundo: huiémoslo; do quer nos lleve la fortuna, seremos felices estando juntos los dos.

Sin dar lugar á la reflexion, volé á pedir mi licencia, la obtuve, y á la mañana siguiente estaba puesto en camino. Ella me necesitaba, y complacerla era mi anhelo, mucho mas cuando en ello satisfacía mi único deseo. Me atormentaba el temor de llegar tarde, porque la carta habia sufrido un extraordinario atraso; pero decidido á no descansar un momento hasta verla, caminaba rápidamente y algun tanto consolado por la esperanza, compañera inseparable del hombre.

ERA TARDE!

¡Qué religioso respeto infunde una noche de tormenta en el corazón del caminante que se ve precisado á continuar su viaje! La oscuridad le cerca; el fragor del trueno le conmueve; el relámpago le estremece; el agua obstruye su camino; duda de su ruta, y hasta su corcel camina con irremediable lentitud. Todo, todo conspira contra él! Y si su corazón se halla en relación directa con los elementos; si una tormenta interior le agita... entonces... ¡es imposible calcular un estado mas cruel!

Así caminaba yo la última jornada de mi viaje. ¡Jamás he visto noche alguna mas borrascosa! y sin embargo, el deseo de ver á Laura, de hablarla, de ofrecerle mi amor y mi vida, y de librarla, si posible fuese, del horrible sacrificio á que estaba destinada, me hacia despreciar la tormenta y caminar sin

recol por lugares para mí desconocidos, á pesar del furor de los elementos.

Las doce y media serian cuando llegué á percibir á lo lejos, iluminadas de cuando en cuando por el relámpago, las cúpulas de los edificios destinados al culto divino; y cantaba la una el misterioso sereno cuando entraba en la primera calle de la ciudad.

El mayor silencio reinaba por todas partes; tan solo las pesadas veletas girando con volubilidad alrededor de sus ejes; el fuerte viento azotando las paredes, y las herraduras de mi caballo acompañaban al trueno en su horrisono estampido.

Al verme llegar á la posada á una hora tan intempestiva y con un tiempo tan espantoso, me hubieran causado á preguntas, si me hallase á guisa de un tonto dispuesto á satisfacerlas. Un criado me condujo á mi antiguo gabinete, y despues de algunos roteos:

—Vendreis, me dijo, á las bodas de la señorita Laura? —¿Cómo! —Pues qué, ¿no lo sabeis? ¡es muy extraño! Mañana se casará temprano en la capilla de su casa.

—¿Mañana! —Sí señor. Con un tal don... qué se yo, á quien nadie por aquí conoce... Según dicen las gentes, ella no quería... se puso tan mala que da lástima el verla... Pero ya se ve... su madre la obliga...

—Cállate y véte, le repuse fuera de mí. Cállate y véte que quiero descansar un momento.

¡Oh fatalidad de mi destino! exclamé al verme libre del importuno. ¡Solo podré preñenciar su sacrificio y decirle adiós para siempre!... ¡La infeliz me esperaba!... ¡contaría conmigo para oponerse á tan criminal proyecto y se ha visto sola! ¡sola, teniendo que ceder al miedo ó á las amenazas!... Pero no... será quizá tiempo aun... Dentro de algunas horas la veré, la ofreceré mi apoyo, y acaso cobrará fuerzas para negarse á semejante enlace. Tente, la diré, no llegues al altar sacrosanto; porque despues de haberos echado su bendición el ministro del alísimo, no habrá remedio para tí sino en la tumba! Ella escuchará la voz de un amigo; seguirá quizá mis consejos, y no se hará infeliz para siempre. Si este enlace llegara á realizarse, su muerte es segura... no podrá sobrellevar tal desgracia.

El resto de la noche me ha parecido largísimo. Mudé la ropa; esperé que amaneciera, y salí entonces al campo para dar algún desahogo á mi espíritu agitado. Cuando me pareció que se había levantado, me dirigí frenético á su casa, y encargué al primer criado que vieron mis ojos la anunciase mi venida, si estaba sola, y la indicase que me era preciso hablarla en aquel momento. A poco rato salió de su gabinete pálida y vacilante en su paso; sus ojos tristes; descoloridas sus mejillas, y sus labios carnosos y balbucientes. ¡Parecía un esqueleto ambulante!... Si su imagen encantadora no se hallase tan grabada en mi alma, seguramente no la hubiera conocido.

—¿Cómo estais? la dije conmovido. —Mi semblante os dice más de lo que mis labios pudieran manifestaros.

—¿Tanta mudanza y en un tiempo tan escaso!... Pero alegraos... aquí me tenéis... No he podido venir antes, porque vuestra carta llegó á mis manos con atraso... despues que la recibí, no he descansado. Esta noche, á pesar de la tormenta, me dieron las doce y media entrando por la ciudad... todo lo supe, y vengo si es posible á salvaros.

—¿Esta noche!... ¡á pesar de la tormenta!... ¡Cuánto siento, amigo mío, haberos causado tanta incomodidad! —No perdamos tiempo...

—Llegais tarde, ¡y tardé por mi desgracia! —¿Tarde! —Sí; tarde, ¡y tan tarde como llegais!

—¿Pero no podríais?... —Nada puedo ya. Dos horas antes... ¡Ah! —No lloréis por piedad.

—¿Dejadme... es mi único consuelo... las lágrimas son el desahogo del corazón que sufre. —¿Han tenido valor!...

—Sí; ellos lo tuvieron para inmolarme, y á mí me faltó para impedir su crimen... ¡Estaba sola!... ¡sola! —Mas ahora...

—Es inútil... el hecho está consumado. —En ese caso... ¡Adiós para siempre!

—¿Marchais? no os debo mucho, pero me atreví á pedir os un favor... ¡el último quizá de mi vida! ¿me lo concederéis? —Hablad: ¿tendria valor para negároslo?

—Os será quizá muy sensible; pero vuestra amiga os lo ruega: visitadme esta noche, y mañana partid adonde gustéis. —Contad conmigo. Solo por vos haria semejante sacrificio; pero me lo rogais, y vendré. ¿Desearis algo más?

—No. Adios... quizá os esten observando. —Adios pues... ¡Adios!

Vendré, vendré, dije luego que desapareció de mi vista; vendré, á qué así lo exige, la visitaré esta noche; recordaré las felices horas que disfruté á su lado algún día, y la contemplaré por la última vez de mi vida. Ella no sabe el estado de mi alma... Si supiese que solo por ella respiro; si conociese cuánto mi corazón la idolatra no exigiria de mí tan cruel sacrificio. ¡Infeliz! ¿Es posible que la haya perdido para siempre? ¡Dos horas antes quizás!... ¿Cuánto hubiera dado porque estas dos horas no pasasen! Mañana, antes que el sol emprenda su carrera, abandonaré estos lugares. ¡Nunca hubiera yo vuelto á presenciar su esgracia!

Salí de su casa sin saber de mí, y llena la mente de funestas y horrosas ideas. Anduve el resto del día triste y desconsolado por do quiera, y á la hora señalada me dirigí á su casa, como un reo cuando es conducido al patíbulo.

VI. LA HISTORIETA.

¡Allí estaba ella!... ¡En el mismo sitio en que mil y mil veces la contemplé estasiado y lleno el corazón de alegría!... ¡Allí donde en tiempos más felices resonara su acento mágico unido con el mío!... ¡Allí donde por última vez habíamos cantado El triste en una noche infortunada! ¿Qué de recuerdos no encerraba para mí aquel aposento! Cuando llegué estaba sentada al lado de su esposo. Me pareció mas hermosa que nunca.

Su blondo cabello estaba peinado con el mayor esmero, y tan solo una rosa blanca y enteramente marchita adornaba su cabeza.

—Sentaos, me dijo con agradable sonrisa: no dudaba yo que me honráis con vuestra presencia en noche tan feliz. El señor es mi esposo... ¡me ama tanto! ¡y yo... já... já... já... y se reia como una loca. Este caballero es mi amigo; va le habrás visto por aquí algunas veces, prosiguió dirigiéndose á su esposo; supo al parecer en Valencia nuestro enlace, y se llevó un mal rato por darnos personalmente la enhorabuena. ¿Qué te parece? Já... já... já... ¡los militares son tan cumplidos!

—Y yo se lo agradezco en extremo, la replicó su esposo examinándome detenidamente. —No puede menos de ser así, sabiendo como sabes que tengo un placer en ello. ¿Me quieres tanto!...

—Ciertamente; y jamás me consideré tan dichoso como lo soy en tener una esposa... ¡pero una rosa marchita en tus adornos, cuando todo debiera ser hoy bello y lozano! ¡Es un capricho muy extraño!

—No lo creas. Hay flores que, cuando son tocadas por unos labios impuros, se marchitan y dejan pronto de existir... fué, como tú dices, un capricho... pero un capricho pueril. ¡Es tanto el placer de que me halló poseida, que no sé lo que me hago! ¿Y vos, Enrique, por qué os mostrais lacturno cuando debierais alegraros? ¿Os fastidia por ventura nuestra compañía? ¿No participais acaso de nuestra ventura?

—Todo lo contrario. Si á costa de mi existencia pudiera asegurar para siempre vuestra dicha, dejaria de vivir con placer. Sabéis además que la tristeza es peculiar de mi caracter.

—Con todo, á guna vez os he visto cantar y reir en este aposento. ¿Habeis compuesto alguna canción desde vuestra marcha? Aquí tenemos instrumento... sus cuerdas...

—Permitid... —¿No queréis?... Lo conozco en vuestro semblante; y si mi esposo lo permite, contaré alguna historieta para que pasemos el rato.

—Cuando gustes... tu voluntad es la mia. —Muy bien. ¿Y vos Enrique? —Señora...

—Escuchad. Una mañana de verano hermosa y serena se fué una jóven á bañar en compañía de su doncella. Llegaron á la ribera, y mientras aquella permanecía en el agua, se alejó esta de su lado con objeto de coger algunas conchas. Poco despues un hombre impuro y criminal atrajo su equisite sin ser visto; sorprendió á la niña; la tomó brutalmente en sus brazos, cerrándola la boca para que nadie pudiera venir en su auxilio; imprimió en su seno virginal un beso impuro, y pretendió con desesperado empeño... ¡Qué horror! ¿No es verdad, Enrique?

—Sin duda... —La historia es algo patética, esposa mia, para una noche de novios.

—¿La sabes por ventura? —No por cierto; pero si he de inferir por lo que llevas contado...

—No importa: dejame concluir. La Providencia, que vela sobre el candor, no permitió que el bárbaro consumase su crimen. Sus pies se deslizaron: cayó, soltó la presa; y la infeliz huyó á pesar de su traje húmedo y deshonesto; sus pies se descarnaron corriendo sobre las peñas; pero se libró del infame, y á pesar de la máscara con que recataba el malvado su semblante, pudo distinguir sus horrendas facciones.

—¿Le conoció! exclamó su esposo trémulo y balbuciente, cual si en aquel momento fuera herido por un rayo: ¡dices que le conoció! —Si por cierto; y aunque su rostro no se descubrió enteramente, lo cual pudiera dejarla alguna duda, accidentes posteriores la confirmaron en su idea. A poco rato halló la fugitiva otro jóven que, al verla, cerró los ojos para no ofender su delicadeza; voló á su socorro, la dió un pañuelo para cubrir su pecho desnudo, y la ofreció la espada y la vida para vengar aquel ultraje...

—¿Está contando su historia! ensé yo. ¡El nombre del malvado!... la dije palpitando de cólera; ¡el nombre del malvado!...

—No es tiempo aun. ¡Cuánto vá de hombres á hombres! El libertador se alejó con prontitud de la orilla, mientras el generoso libertador la condujo al punto en que habia dejado sus vestiduos: acompañóla despues á su casa; siguió visitándola con frecuencia; solian pasar felices momentos cantando juntos, y...

—¿Y qué? preguntó su esposo pálido como la muerte mirándonos con sobresalto. —Nada mas dice la historia sobre tal personaje. El otro, creyendo no haber sido descubierto, la pidió por esposa, y ella... á pesar del terror que su sola presencia la inspiraba, condescendió; porque su madre, valiéndose de la autoridad que el cielo para mejor fin la concediera, así lo ordenaba, y porque le faltó valor para oponerse á tan funesto himeneo... ¡Se casaron!...

—¿Cómo! dije yo fuera de mí y poseido de un furor extraordinario, al reconocer que su esposo era el infame que habia querido ultrajarla. ¡Es posible! —Serenaos, serenaos por piedad y no me interrumpais; sabéis acaso el fin de la historia?... dejadme concluir. El jóven la visitó por la noche; la miraba con lánguida tristeza; mas ella no pudo responder á sus miradas porque la infeliz era ya esposa: se reia, estaba muy adornada, y una rosa blanca que su libertador le habia dado en tiempos para entrambos mas felices, caia como desmayada sobre su frente. Ella le adoraba con frenesí.

—¿Y él? preguntó su esposo mirándonos alternativamente. —El historiador, le contestó ella con serenidad, no tuvo por conveniente ocuparse de semejante circunstancia.

—Acaba, prosiguió él levantándose, mientras yo, atónito al escuchar semejante revelación, permanecía sentado sin saber apenas lo que pasaba en torno mio.

—Un momento más... ¡séntate y escucha el desenlace. Ella, por librarse de los halagos de un hombre que tanto aborrecia... por no verse en sus brazos impuros...

—¿Qué hizo? preguntó sobrecoigido de espanto. —Nada... la muerte le pareció mas grata y...

Sus labios balbucientes se detuvieron un momento, respiró con violencia y comprimió el pecho con ambas manos, como si un vértigo terrible la atormentase.

—Envenenada! exclamó su esposo cólerico y arrojándose sobre la infeliz, cual si quisiera consumir su crimen.

—¡Aparta!... ¡aparta! repuso ella deteniéndole; ¡tus ojos me horripilan!... ¡no me toques!... ¡no... aun se resiene mi seno de tu primer beso impuro! ¡Crue! ¡no profanas los últimos momentos de mi vida!... si la Iglesia pudo darte algun derecho sobre mí, jamás fué autorizado por mi corazón... ¡Cada vez te aborrezco mas, hombre infame! ¡huye lejos de mí!... ¡y tú, Enrique, tú que fuiste una vez mi ángel tutelar, vela en este momento por mi virtud!... No permitas que manos profanas me toquen, ni me dejes hasta que mis ojos hayan perdido para siempre la luz... Acócreate y no temas. ¡Ah! ¡tambien tú paldedes! ¡no me respondes? ¿no me amas quizá? pero si... si... tus ojos me lo han manifestado mil y mil veces. ¡Yo tambien te amo!... ¡Ven, ven! ¡aparta de mí este monstruo que me mira y me mira!... ¡para como la ilusión de un niño!... que pueda yo tener á mi lado y consagrar el último suspiro... entonces ¡qué muerte mas feliz! Mi alma volará sin duda á los cielos. ¡Dio perdonará mi delito, porque sabe el objeto que me lo ha inspirado... me perdonará, ¿no es verdad?

Inmóvil la escuchaba sin poder apenas convencerme de que fué verdad cuanto á mí vista pasaba. Las piernas apenas podian sostenerme: una densa neblina cubria mis ojos, y el corazón parecia romperse de dolor. Sin embargo, saqué maquinalmente la espada con ánimo de atravesar al cobarde que tal desgracia ocasionaba; mas ella cogiendo mi brazo...

—¡Tente! me dijo, no manches tus manos con su sangre. Tu presencia es mi único consuelo. ¡Te amo tanto!...

—¿Me amas, hermosa? ¡me amas! y me lo dices cuando vas á dejarme para siempre! ¡Quiero morir contigo... quiero acompañarte á la eternidad!... Déjame estrecharte contra mi seno... confundir mi aliento con el tuyo... ¡Tu vista se nubla!... ¡Laura!... ¡Laura!... ¡no me respondes!... ¡Fria como la muerte!...

—¡Tus labios me abrasan! ¡Déjame morir tranquila... ¡Te amo tanto, Enrique! ¡te amo tanto! ¡Hubiera sido tan feliz!... pero... yo muero... aquí... ¡aquí tengo un volcan!... ¡Un vaso de agua por piedad!... ¡Enrique!...

—¡Mirame: estoy á tu lado. —Enrique!... ¿En dónde estás?... ¡tu mano!... ¡adiós! —Laura mia!

—¡Adiós! —La infeliz dejó de existir apretando convulsivamente mi mano contra su corazón... Colmé de besos su frente pálida y fria... estreché frenético su cadáver en mis brazos, y arranqué la rosa marchita que adornaba su cabeza. Su madre llegó en aquel momento.

—¡Complacéos en vuestra obra! la dije, y huí desesperado de aquel aposento de horror. Las hojas de aquella rosa marchita jamás se apartan de mi corazón, como tampoco se aparta de mi mente la escena terrible que á cada paso me recuerdan, y que alój de mí para siempre el placer y la calma.

¡Felices aquellos que miran correr sus dias siempre risueños al lado de la mujer que adoraron!

CONCLUSION.

Hasta aquí el manuscrito de mi amigo. Pasados algunos dias volvió Enrique á visitarme y se lo entregué.

—¿Lo has leído? me dijo al tomarlo. —Seguramente, le dije; y me contó lo que me acabas de contar.

—¿Y qué tal? —No te compadezco mas ni menos. —¿Cómo? —Como lo oyes.

—Pues te aseguro que no lo esperaba. —Tampoco esperaba yo hallar en tí un enamorado tan cobarde. Si padeces; si la pobre niña tuvo un fin tan desastroso, tuya y de nadie mas es la culpa.

—¡Mira! —A no dudarlo. Yo en tu lugar... —¿Qué hicieras? —Toma! haberle declarado mi amor lisa y llanamente como Dios manda.

—¿Y si recibias un desengaño?... si ofendido su amor propio, te despedia de su presencia, ¿quitarías hasta la esperanza? —No lo haria.

—¿Y si lo hiciera?... —Santas pascuas! —Se conoce que no has amado en tu vida.

—¿Cómo que no! Mas de cien novias he tenido á cual mas hermosa; pero yo no ando en chiquitas, ni me rompo la cabeza escribiéndolas canciones, que producen por lo general muy mal efecto: verdad es que soy un tremendo positivista. Cuando me gusta una mujer, voy derecho á su casa: ¡hija mia, le digo sin preámbulos, yo te quiero en el alma; estoy perdido de amor! ¿y tú?...? Si? Pues al avío! No? Cristo con todas las mujeres demas hay en el mundo.

—Alabo tu calma. —Pues qué ¿es cosa de quitarse la vida por unas calabazas mas ó menos?

—¿Y llamas amor á un cariño tan fácil de ser estinguido! —No sé que tenga otro hombre.

—Pue no lo es, no; lo que tú experimentas es una pasion bastarda que no merece dictado tan sacrosanto. U a de dos: ó tu alma es insensible, ó no has amado en la vida.

—Lo que tú quieras. Pero dime; ¿qué fué de tu atrevido rival? —Ha tenido muy buen cuidado de ocultarse en donde jamás le viera; de otro modo...

—Deja la espada en su puesto. ¿Y la madre de tu querida? —Su madre... —¿Qué fué de su madre?

—Llegó á perder la razon enteramente; y en medio de su estravio, le parecia ver un fantasma horrendo que á todas partes la seguia. ¡Era el remordimiento que le presentaba á Laura muerta recordándola su crimen! Mira, prosiguió el comandante cogiendo mi mano y dando á su voz un acento lúgubre y enérgico: si el cielo te concede á guna vez una hija, no la obligues á contraer un enlace que su corazón repugne.

La mision de un padre es labrar la felicidad de sus hijos.

B. MENENDEZ.

EL MES DE DICIEMBRE.

Pasaron los once meses
Del mas desgraciado año,
Y en el duodécimo yergue
Su frente diciembre helado.
Ya los nebulosos polos
De súbito abandonando,
Se nos presenta el invierno
De témpanos ataviado.
Pierden los árboles hojas,
El sol recorre el zodiaco,
Y mal humor se divisa
Bajo el sol de fuego orlado.
Y á fé que si nos dijeran
Que el mes se da, pero en cambio
Daríamos lo que importa
Por el mas usado franco.



Alegoría del mes de diciembre.

Y aunque tales desventuras
Al hombre lo van hastiando,
¿Por qué en diciembre se tiene
El ánimo esperanzado?

Es cosa que maravilla
Ver que prosigue aumentando
El hombre con el diciembre
Que está de nieves rodeado;
Que tiritando de frío
Los que llevan ó no paño,
Y el invierno á la natura
De sus g'las despojando,
Y haciéndose provisiones
De leña y carbon á pasto,
Tenga sin embargo el hombre
El ánimo esperanzado.
¡Oh! pero es cosa sencilla;
Pues acabándose el año,
El corazon en diciembre
Tiempo mejor va esperando.
Dispónese el alma fuerte
A un tiempo mas decorado
Por los sueños del deseo
Y el gozo, jamás exhausto,
Esclamamos ¡ya veremos!
Como quien dice: ¡descanso!
Y á competir con el tiempo
Se adelanta el hombre osado.
Allá en las antiguas eras
Diciembre al poner su paso
Magnífica entra da hacia
Y era á fé muy estimado.
Pagábanse los tributos
Sin disgusto ni fracaso,
Y el sol desde rojo Oriente
Daba su brillante rayo.
Hoy que el mundo es otra cosa,
Que el siglo de oro ha pasado,
Temblamos como de frío,
Pero de miedo temblando.
¿Quién sabe lo que en enero
Nos dará el cielo indignado?
¿Quién sabe lo que las nubes
Darán desde el cénit alto?
Por eso es bello diciembre,
Mes en que se acaba el año,
En que el corazon se crea
Un paraíso dorado,
Y con el alma de pronto
Navegamos delirando.

En el dintel de la puerta
Del tiempo á espacio asentado

¿Acaso es cosa que endulza
Pesares ó amargo llanto
Sentir en la piel sus dedos
Que ponen en mal estado?
¿Acaso es chiste que arroje
El cielo su faz airando
De condensados vapores
Turbion espeso y sobrado?
¿Y acaso es de agradecerse,
Estando de hielos harto,
En torno á la chimenea
Ver el cielo encapotado?
Vedlo bajando del polo
Envuelto en espeso manto
Tomando mil precauciones.
Y mucho esmero tomando.
Las flores el tallo dejan,
Y con tiempo tan ingrato,
Los jóvenes á los cielos
Piden luz á grito alzado.

Como murallon de bronce
Que está en el cielo tocando,
Estamos dando á los cielos
El acento, ya lanzado
De esa humanidad inmensa,
Átomo que gira al paso,
Como en noche de turbiones
El mar que en fiero reclamo
Pide tragarse la tierra
A grito descompasado.
Es cada hombre un arista,
Un átomo que girando,
Se levanta con la idea
Hasta el firmamento santo.
Finjamos que en este mundo
Para gozar de descanso,
Tomamos pues y en diciembre
Asiento al sol inflamado.
Es decir, bajo esa antorcha
Que Dios levanta, asombrando
A cuantos le dan su acento,
Voz, plegaria, nota ó canto.
Preparémonos á enero
En nuestro diciembre helado,
Y mientras que lanza hielos
La faz del mundo cambiando,
Y el cielo de sombras viste
Y con los brazos cruzados,
En torno á la chimenea
Vamos al par meditando,
Abroquelemos el pecho
Con sol de esperanza ufano.
¿Que quien en diciembre fia
Es mas fuerte cada año!

J. R.

SERENATA.

¿Qué importa lo que forme la esencia del poeta!
¿Qué importa lo que guarde su inquieto corazon!
Su alma, cual los vientos, á nada está sujeta;
Su espíritu no tiene ni patria ni region.
Su pecho está colmado de amor y de armonía:
Los átomos mas leves le traen la inspiracion,
Y canta como canta la luz del nuevo dia
El ave á quien da el bosque nocturno pabellon.
El es un átomo que forma coro
Con cuanto tiene cuerpo sonoro
Armonizando la creacion:
Mas ¿por qué canta? ¿con qué se inspira?
Por lo que canta cuanto respira,
Cuanto en el orbe produce s.e.n.

Canta porque su germen
Es la armonía:
Per ley de quien del caos
Le trajo al dia,
Cuya ley santa
Con cuanto es le dice:
«¡Cántame!» y canta.

Su voz, como las voces del agua y de los vientos,
Recorre cuantos tonos producen á la par,
Henchidos de armonía como él, los elementos,
La gloria de Dios hechos, como él, para cantar.
El gime como el cierzo rasgado entre las cañas,
Suspira con el aura los olmos al cruzar,
Murmura cual arroyo que corre entre espadañas,
Como las ondas verdes del sosegado mar.
Canta cual canta cuanto suspira:
Ama cual ama cuanto respira:
Da lo que el cielo le ordenó dar,
Como el mar conch's, césped el prado,
Sombra la noche, lluvia el nublado,
Ramos la palma, flor el azahar.
Canta y ama al unisono
Con cuanto mira:
Porque cuanto halla cánticos:
Y amor le inspira:
Su voz levanta
Porque cuanto es le dice:
«¡Cántame!» y canta.

A él como á la gaviota de las marinas playas,
Como á la golondrina, viajera universal,
Le dan un noble nido las torres y atalayas
Que se alzan sobre el uno y el otro litoral.
Su voz al par por eso ya lánguida ó potente,
Ya en eco desmayado ó en grito colosal,
Retumba con el ronco bramido del torrente,
Susurra con la abeja que zumba en el rosal.
Gime en el valle bajo los tilos,
Ruge del monte dentro los silos,
Silba en las grietas del peñascal:
Para que pase su voz bendita
Sus ajimeces da la mezquita,
Sus rosetones la catedral.
Con el bálsamo suave
De sus canciones
Adormecen sus penas
Los corazones:
Todo lo canta
Porque todo le dice:
«¡Cántame!» y canta.

Oyeme, pues, ¡oh mundo! Mi ser con sus tesoros
De amor y de armonías ha henchido el Criador,
Y canto como cantan tus átomos sonoros,
Y amo como aman tus átomos de amor.
Yo hechizo de la vida las horas mas ingratas,
Yo aduerto las febriles vigiliás del dolor,
Al son de mis alegres nocturnas serenatas
Que imitan el amante cantar del ruiseñor.

Creólas loca mi fantasía:
Vistiólas ricas mi poesía
Con cuanta gala creyó mejor:
Y sus compases, tal vez estrañan,
Porque á mi antojo les acompañan
Atica lira, moro atambor.
Porque yo, bardo errante
Cosmopolita,
Cantó al par en el templo
Que en la mezquita,
Y risa y llanto
Dicenme al mismo tiempo
«¡Cántame!» y canto.

JOSÉ ZORRILLA.

JEROGLIFICO.

